

Recuerdos De Una Víctima De La Mazorca

I. ¡Estamos en la época de Rosas!

He ahí una frase estampada a veces en la prensa de esta Capital y repetida con frecuencia en los círculos sociales, circunstancia que viene a probarnos que se ignora por completo lo que fue aquel funesto pasado en que los pueblos de la República vivieron sumidos en la más tremenda y vergonzosa opresión.

II

Serían aproximadamente las once de la mañana del día 30 de noviembre de 1839 cuando vi a la joven señora Mercedes del Sar de Terry que llorosa y con paso acelerado cruza la bocacalle de Cuyo y San Martín en dirección al norte.

Acerqueme a ella y le pregunté qué había, qué le pasaba.

— Tiola acaba de ser aprehendido y voy a avisárselo a mi esposo para que haga algo en favor de ese buen amigo, me contestó.

— ¿Es Pablo Alegre el que lo apresó?, le pregunté impresionado.

— Él mismo, acompañado de dos soldados de policía, me dijo sollozando la buena señora.

Apenas la había acompañado una cuadra, me despedía de ella, pues me era urgente llevar la noticia de la prisión de Tiola a un amigo y ponerme en seguridad inmediatamente; pues que él y yo, lo mismo que el preso, estábamos seriamente comprometidos y vigilados como enemigos de aquella actualidad ignominiosa.

Subiendo por la calle de Corrientes, tomé por la de Florida hasta la casa de Comercio de Planes Atkinson, que estaba en la que hoy es propiedad de D. Félix Álzaga, busqué la "Gaceta Mercantil" del día y encontré en ella que el martillero Sr. Arriola daba un remate en la casa de D. Gerónimo Olazábal en la calle Potosí antes de llegar a la de Lima.

Impuse al Sr. Atkinson de lo que pasaba con nuestro amigo Tiola encargándole lo hiciese conocer de Manuel Bustillo si le fuese posible, mientras yo iba en su busca al remate de Arriola con probabilidad de encontrarlo pues teníamos convenido asistir a esos puntos de reunión para comunicarnos, sin infundir sospechas a los agentes de la tiranía; porque a la sazón era imprudencia grave que más de dos personas que no fuesen federales netos y cabales, se reuniesen en paraje visible.

Si bien me impresionó dolorosamente la prisión de nuestro compañero Tiola, no me causó sorpresa, puesto que era de esperarse, dado los antecedentes que en breve se conocerán.

Autor. Antonio Somellera

Por otra parte temía que este desgraciado suceso acarree se sobre la señora Del Sar y su hermana Da. Victoria Elía, las terribles persecuciones de la Mazorca debido a que eran depositarias y tenían ocultos en sus roperos, números del periódico "Grito Argentino", que hacíamos llegar sigilosamente a manos de los amigos de causa.

Llegado que hube a la casa del remate me puse a buscar a Bustillo por entre la numerosa concurrencia que allí había, sin resultado.

En la creencia de que no dejaría de concurrir me coloqué en paraje conveniente para verlo no bien entrase.

III

Situado en la sala de la casa que tenía dos ventanas a la calle y puerta al zaguán, abrí los postigos de esta puerta quedando así instalado convenientemente a mi objeto.

De la sala se pasaba a un aposento con ventana al patio, de éste a otro, con puerta de dos escalones, que quedaba inmediato a la pieza que cuadraba el primer patio de la casa, siguiendo una serie de cuartos hasta el tercer patio, donde muebles de poco valor se ponían bajo el martillo del acreditado rematador, que se hallaba rodeado de habitaciones, pues que dada la paralización de los negocios en aquel entonces, numerosas personas concurrían más por pasar un rato y curiosoarse que con la idea de hacer compras.

Había pasado cosa de media hora que espiaba la llegada de Bustillo, para así que le viese entrar, salirle al encuentro, cuando un impertinente entró, donde yo estaba y deseaba estar solo, contrariándome grandemente esta circunstancia, pues el importuno era uno de los federales netos con quien apenas si tenía una ligerísima relación.

— ¿Qué hace mi amigo aquí tan solo? me dijo extendiéndome la mano.

— Espero a que llegue aquí el remate, le contesté, porque me intereso en esos grandes floreros que ve Ud. delante de estas mesas.

— Es casual, a mí también me agradan, dijo y si no le es perjudicial le propondría que los comprásemos a medias, para lo cual es conveniente que lo dos hagamos posturas bajas, a fin de no pagarlos caro.

Durante esta conversación yo no quitaba ojo de la puerta que daba al zaguán, en espera como estaba de mi amigo Bustillo; mas como corriese el tiempo sin verlo llegar, manifesté a mi interlocutor mi resolución de retirarme, desistiendo de comprar cosa alguna en vista de que tardaría mucho el rematador en llegar a la sala y no me era posible esperar más, pues, quehaceres urgentes exigían mi presencia en otra parte.

Autor. Antonio Somellera

— Sabe mi amigo que tiene razón me dijo con meloso acento, y que hay tiempo de sobra para que vayamos a mi casa, que está cerca; deseo mostrarle unos cuadros antiguos que he comprado por menos de nada y que me diga si tienen algún mérito.

El hombre aquel me espetó una larga, pesada y fastidiosa charla sobre pintura, habló del gran adelanto que había hecho en ese arte, enumerando la larga serie de retratos que había ejecutado con tan buen éxito algunos de ellos, que se tenían por muchas personas como productos del pincel de Fiorini, y que le producirían muy buenos pesos.

Deseoso de poner término cuanto antes a tan fastidiosa conversación, me excusaba de aceptar su invitación, prometiéndole visitar su galería y taller cualquier otro día, e iba a despedirme de él cuando me salió con la pregunta de si yo había obtenido otros cuadros a mas de los que me había visto comprar meses antes en uno de los remates dados por el Sr. Gowland.

— ¡Ah! Ud. tiene muy buen tino para sus compras, agregó, pues particularmente aquel gran cuadro del sacrificio de Abraham que fue del Sr. Trapani, era sin duda alguna una pintura de gran mérito.

Yo temía entretanto que el amigo a quien esperaba hubiese sido preso, e iba a retirarme ya. Pero me instó de tal manera mi interlocutor federal que, fastidiado, cedí.

Salimos enseguida al patio donde conversaban en grupos aquí y allá un buen número de personas, nacionales y extranjeros.

No habíamos llegado al zaguán cuando sentí que por la puerta de calle pasaban caballos. Mi acompañante había tomado la delantera pasando por en medio de tres o cuatro hombres de poncho; yo iba a hacer otro tanto, cuando uno de esos tipos, trigueño, de gran bigote y patillas a la andaluza, tan renegridas como sus ojos, sacando los brazos de debajo de su poncho forrado de paño colorado, impidiéndome la salida, trató de agarrarme, llamándome salvaje afrancesado y agregando: "ya caíste hijo de... no te escaparás".

El de los cuadros y retratos había desaparecido como por encanto. Su rápida desaparición en esos momentos, para mí bien críticos, me hizo comprender que él me había tendido esa celada, pues era miembro de la célebre Sociedad Popular.

IV

El que parecía capitanear aquel grupo de hombre con cintajos colorados en los sombreros, avanzando hacia mí siempre, trataba de agarrarme.

Defendiéndome y procurando escapar entre el tumulto de gentes que de los patios se dirigían apresuradamente a la calle, retrocedí hasta llegar a la puerta del segundo aposento del primer patio, donde conseguí entrar en momentos en que a toda prisa salían muchos atropellándose y exclamando algunos de ellos en voz baja: ¡Cuitiño!

Autor. Antonio Somellera

No bien había entrado a ese cuarto, me sentí sujetado fuertemente de los brazos por mi espalda por el célebre mazorquero Merlo; reconocí además a Gaetan, entre los que allí estaban, y a un Correa que había sido condiscípulo mío en la escuela de Don Francisco Acosta.

Asegurado como estaba, le fue fácil a Cuitiño, que era el mismo que me perseguía, tomarme de la barba con la mano derecha, de cuya muñeca pendía un rebenque de cabo de plata.

Embarazábanle felizmente la libre acción de los brazos el rebenque colgante y el gran poncho que llevaba puesto. Otro condiscípulo mío había allí, con el que habíamos concurrido a la escuela Lancaster, el cual me dio la espalda conforme se encontraron nuestras miradas y cuando iba a interrogarlo sobre por qué permitía en su presencia tan grave escándalo: ¡era Juan Rosas!

Mientras los mazorqueros a gritos me llenaban de improperios, los golpes de las puertas que se cerraban o abrían, y el ruido de las pisadas de los que huían ya por el patio, ya por el interior de las piezas hacia la sala por la que yo tanto forcejeaba por escapar, producía un alboroto inmenso, una confusión espantosa.

Entre los que escapaban corriendo por las habitaciones, pude conocer a D. Francisco Molina, D. José María Casal, Mr. Fousier y a Manuel Bustillos, notando con gran tristeza que a pesar de la difícil y apurada situación en que me hallaba, entre las garras del feroz mazorquero Cuitiño y sus compañeros de degüello, ninguno de aquellos señores había vuelto la cara hacia donde yo estaba ¡El espíritu público había desaparecido, estaba muerto!

¡El terror había conturbado por completo el espíritu de los habitantes de Buenos Aires!

¡Cortémosle las patillas francesas! gritó uno de los mazorqueros que en ese día hacían su estreno en su carrera de escándalos y crímenes, y Cuitiño trató de sacar acto continuo, el puño con la mano izquierda, y como no pudiese, uno de sus compañeros le alcanzaba el suyo.

Para tomarlo con la mano derecha soltome por un momento la barba de que me tenía asido; aprovechando ese momento hice un último esfuerzo, consiguiendo librame de Merlo y de un salto salvé los dos escalones de aquella puerta y me precipité y confundí entre la oleada de gente que tumultuosamente ganaba el zaguán buscando rápida salida a la calle.

Logré así poner entre mis perseguidores a quienes los grandes ponchos dificultaban la marcha entre la multitud, una muralla compacta e infranqueable por algunos momentos, circunstancia que facilitaba si no aseguraba mi salvación.

Al llegar a la calle acerté estudiosamente el paso, y reflexionando que en ella fácilmente sería tornado, me entré a la casa contigua de la del este, encontrando cerradas cuantas puertas daban al patio. Desde allí oí gritos de ¡allá va! y desprenderse jinetes a galope en la misma dirección que yo había tomado al salir. Arreglé rápidamente el desaliño que habían sufrido en la lucha y empellones, mis ropas y sombrero, y como aún salían gentes de la casa del remate, resolví salir antes de que la calle quedase completamente despejada, tomando esa vez en dirección al campo, no sin ensayar desfigurarme para que no me conociesen, tomando la precaución de calarme lo

Autor. Antonio Somellera

más que pude el sombreo y levantar los hombros; quíteme además la divisa llevaba en el ojal para que las gentes de aquellos barrios retirados creyesen que era un extranjero. Así anduve hasta la altura del Molino de Viento, y tomando al norte por la calle de Cangallo vine al centro.

Durante este paseo forzado, restablecida ya la tranquilidad de mi espíritu, me persuadí de que tendría necesariamente que emigrar del país, a pesar de las grandes dificultades que tenía que vencer para realizarlo.

En efecto, la completa paralización del comercio marítimo en aquel entonces a causa del riguroso bloqueo que desde hacía un año había establecido la escuadra francesa, hacía que la extensa rada de Buenos Aires estuviese desierta no viéndose en ella más que los buques bloqueadores fondeados en el canal exterior; y a la entrada de la Boca del Riachuelo el bergantín de guerra de Rosas "Eloisa" al mando del coronel Pinedo, circunstancias que dificultaban inmediatamente la evasión.

Por otra parte me era dolorosísimo separarme de mi joven esposa, pues hacía pocos meses que era casado.

Finalmente, asuntos de intereses que debía necesariamente arreglar antes de expatriarme venían a hacer más y más difícil y penosa mi situación.

V

Siguiendo mi camino, al cruzar la bocacalle de Florida me apercibí de que de la imprenta de la Gaceta Mercantil salía el comandante Santa Coloma, de pantalón blanco y chaqueta colorada, acompañado de un individuo de tipo siniestro, y que venían en dirección contraria a la que yo llevaba, de modo que el encuentro era inevitable. A fin de evitar encontrarme con Santa Coloma, que bien me conocía, entré a la casa de comercio de los señores Llavallol donde encontré a don Jaime.

— Qué lo trae, mi amigo, me preguntó después del saludo cambiado.

Pretexté estar interesado en la compra de una maquinaria inservible que allí tenían y que pasamos a examinar.

Visto su deplorable estado, le manifesté que no me era utilizable, y despidiéndome, le pedía mil perdones por haberlo distraído infructuosamente.

— Poco tenemos que hacer por causa de este maldito bloqueo, me dijo; todos los negocios se han interrumpido por completo, así es que ninguna molestia me ha causado.

Con su acostumbrada urbanidad el señor Llavallol me acompañó hasta la puerta de calle.

Dirigime enseguida a mi casa situada en la calle de Cuyo entre Florida y Reconquista, antes de "La Paz".

Aquel señor nada me había hablado sobre la prisión de Tiola, ni del atropello de que yo acababa de ser objeto, en presencia de más de trescientas personas.

Será, pensaba, que no habrá llegado a su noticia. Esto me contrariaba y me causaba extrañeza porque conocía cuáles eran sus sentimientos y modo de pensar en política, no obstante comprender la cautelosa conducta que debían observar los hombres que como los señores Llavallol, se hallaban al frente de intereses ajenos, comprometidos en el comercio interior y exterior.

En otra persona no me habría extrañado esa conducta, porque la máxima de ver, oír y callar había ya empezado a hacerse carne en este pueblo demasiado dócil e impresionable y tímido.

Debido a estas condiciones fue que Rosas exigió y obtuvo, "el sacrificio de vida, hacienda y fama", que con limitadísimas y muy hermosas excepciones, firmó el pueblo de Buenos Aires en masa. Fue una especie de plebiscito acatado sin resistencia por todo el mundo y llevado a cabo por los Jueces de Paz, que acompañados por dos alcaldes y dos tenientes, llevando el uno de estos un tintero y el otro un voluminoso cuaderno con tapas coloradas que estaba encabezado por un larguísimo escrito, por el que se hacía árbitro al ilustre restaurador de las leyes y héroe del desierto, de los destinos presentes y futuros del pueblo más heroico.

El Juez de Paz al presentar el álbum o cuaderno para recoger las firmas, pronunciaba el adverbio ¡voluntariamente! palabra que estaba consignada con gran repetición en el cuerpo del escrito que debía suscribirse.

Yo me había negado obstinadamente a firmar tan absurdo y oprobioso documento por más que el juez me decía, "no se comprometa".

VI

Pero reanudando el hilo de mi interrumpida narración continuó.

Para no pasar por frente a la casa de uno de los alcaldes que tenía una caballeriza al lado mismo de mi casa habitación, y que desde el día aquel de la negativa a firmar había dejado de saludarme, caminé más de lo necesario hasta llegar donde mi compañera me esperaba extrañando mi tardanza. Así que me vio notó en mi semblante que algo extraordinario me pasaba. Díjele para tranquilizarla, que la prisión de mi amigo Tiola me tenía profundamente disgustado.

— Entonces será por eso, me dijo, que un señor Murueta que tiene tienda en los cuartos de Beláustegui, llamó a la puerta y subiendo las escaleras con alguna precipitación preguntó si estabas en casa, y como la sirvienta le dijese que no, sin dejar recado alguno se retiró.

No sé qué pueda haberlo traído, porque no tengo relación con él, tal vez alguna simpleza que habrá sacado en su tienda, algo de esas antiguallas que Gómez de Castro está desenterrando de los estantes de la mercería. Mira mi amiga, creo que será mejor hacerme negar a toda persona que no sea de nuestra intimidad, pues no quiero recibir visitas impertinentes, dije por fin a mi esposa.

Autor. Antonio Somellera

Dada esta orden fui al interior de la casa y desde la azotea me puse a estudiar cómo, en caso necesario, podría escapar por los fondos, pues había resuelto no dejarme llevar preso, evadiéndome, dado caso que allanasen mi domicilio para prenderme, por el interior de la manzana para refugiarme en el Consulado inglés, que estaba en ella.

Cuando regresé del examen, forzoso me fue declararle a mi compañera, que estaba triste y desconfiada, lo que me había pasado con los mazorqueros. Como era natural, lo acaecido, los peligros a que había estado expuesto y que había escapado milagrosamente, puede decirse, produjeron en su ánimo profunda conmoción y rompió a llorar amargamente; mas luego, reaccionando, llena de entereza, me dijo:

— No te dejes tomar preso, escóndete en alguna casa extranjera, o más bien huye del país, vete a Montevideo, donde está tu familia, que yo estoy dispuesta a seguirte, con tal de que no vayas a la cárcel, a pesar de que no se me oculta que hoy día ella no degrada a ningún hombre honrado.

— Lo haré como tú lo deseas en caso de que circunstancias apremiantes así lo exijan. Estoy resuelto a evitar por todos los medios posibles que me prendan; pero esperemos, tal vez esta situación mejore, y con más calma y menos riesgo que ahora, quizás podamos dentro de un poco, salir juntos de este desgraciado país, donde ningún hombre que no pertenezca a la Sociedad Restauradora puede vivir tranquilo.

Lo restante del día aquél se pasó sin otra novedad digna de mención. A la noche varias de las personas de la intimidad de la familia nos hicieron compañía; eran todas señoras, porque las señoras entonces se mostraban resueltas y valientes y no temían, en consecuencia, transitar por las calles.

VII

El incidente mío había sido el asunto del día, pintado por algunos con colores sombríos, no faltando quien dijese, que herido me habían llevado a la policía. Es indudable que aquellos que huyeron del remate en los primeros momentos, debieron hacer conjeturas de toda especie.

Después del incidente, como medida de precaución y seguridad, durante algunos días, rara vez salía de casa.

La noche víspera del suceso narrado me encontraba en la tienda de Lezama, conversando con el dependiente encargado del negocio, un señor Pérez, cuando a los pocos minutos de estar allí, vi llegar a Pablo Alegre, y dirigiéndose adonde estábamos, nos saludó cortésmente y tomó parte en la insignificante charla con que matábamos el tiempo.

Al entrar dicho individuo, Pérez me había manifestado extrañeza por semejante visita.

Yo me saludaba con él desde algunos meses atrás, por habernos presentado don Felipe Piñero, a cuya casa iba él algunas veces proponiéndole negocios de haciendas.

Autor. Antonio Somellera

— Está prefiriendo, decía, a los orientales y desairando a sus leales servidores que lo hemos sostenido y que lo han de sostener, agregó, encarándose conmigo.

En ese momento creí adivinar la hipocresía con que hablaba y el propósito siniestro que perseguía, tendiéndome una celada, para que cayera en la red sin sospecharlo. Aumentose mi desconfianza cuando nombrando a algunos de mis amigos los elogiaba de tal modo, que cualquiera lo habría creído adicto a nuestro partido, por lo que me resolví a retirarme, siendo ya más de las diez y media de la noche.

Tiola me había hablado de ese hombre como si le fuese fácil catequizarlo manifestándose satisfecho el resultado de sus trabajos, así fue que lo busqué esa noche hasta que di con él en el Café de Catalanes, entretenido en ver una partida de chaqueta, que se jugaba en una de las salas del segundo patio. A una seña que le hice me siguió a la calle, que estaba solitaria a esa hora; le referí mi encuentro con Alegre, el modo como se había expresado y la gran desconfianza que ese sujeto me inspiraba; advirtiéndole que no se descuidase y dejase engañar por las falsas palabras de ese hombre, que a mi juicio era un hipócrita, un redomado pícaro.

— Nada tema mi amigo, obro con la prudencia y reserva necesarias, y de ello debe estar seguro me respondió.

— Le aconsejo queme la carta que me enseñó esta mañana, le dije al separarnos.

Estos antecedentes, como es claro, eran más que suficientes para que la prisión del amigo y compañero de causa me preocupasen de todo punto, temiendo consecuencias fatales.

El día 1° de diciembre antes de mediodía llegó a casa un primo hermano mío, con el que vivíamos en estrecha amistad, trayéndome la fatal noticia de haber sido fusilado en la cárcel en la madrugada de ese día el infortunado D. Félix Tiola, cuyo cadáver fue conducido al cementerio en un asqueroso carro de basura; circunstancia presenciada por un mozo de una de las tiendas de la Recova que habiendo sentido la descarga de la ejecución, colocó una escalera y por el abanico de la puerta se había puesto a observar lo que pasaba...

Ese atroz asesinato me produjo una violenta conmoción de ánimo, pero no consiguió enervar mi espíritu.

Pedí a mi primo que me mandase un peluquero extranjero y que tomase con el sigilo con que él sabía hacerlo, noticias de su primo y amigo Manuel Bustillo.

— Te prevengo que sólo para ti estoy en casa, le dije al despedirnos.

VIII

¡Pobre Tiola! Hombre de espíritu caballeresco y nobles sentimientos, no supo precaverse para no caer en la red que un falso amigo le tendiera.

Autor. Antonio Somellera

Como buen suizo odiaba la tiranía y fue ese noble sentimiento de libertad lo que lo colocó al lado de los que combatían al tirano. Sabía disculpar el fanatismo con que los famosos y temibles guasos ejecutaban las órdenes de Rosas, y condenaba como a infames traidores a la patria a aquellos que por sus antecedentes y educación, estaban colocados en la categoría de hombres ilustrados, y sin embargo se jactaban de ser federales de pura sangre, vanagloriándose ¡infames! de haber otorgado facultades extraordinarias al hombre que ya en la primera época de su gobierno se había hecho conocer como un tirano atroz.

Una tarde en la Alameda, decía en presencia de varias personas:

— "Esos que se reúnen en la casa donde el Restaurador mandó una carretada de pasto, son los grandes criminales a quienes se deben los males que sufre el país".

Tiola era fogoso en la expresión, por temperamento, y no podía contenerse ni morigerarse cuando daba expansión a sus generosos sentimientos de hombre libre, y fulminaba con enérgica expresión a la tiranía que oprimía y llenaba de vilipendio y de vergüenza a la patria de los argentinos. Sólo se contenía cuando se lo advertíamos sus amigos, y entonces cambiaba de tono y recurría a la sátira, al chiste y al ridículo contra la bárbara situación política de aquella época fatal.

Como Tiola poseía una regular ilustración y hablaba el castellano correctamente, su trato era ameno. Gozaba estimación en el círculo de nuestros correligionarios políticos, no porque se lo consideraba copartidario o hermano de causa propiamente, sino porque sus bellas condiciones lo hacían simpático y atrayente.

Era de gran estatura, flaco, blanco pálido, de nariz aguileña algo caída, de ojos pequeños pardos y vivos, boca regular y labios finos, cabello y barba negros; una rara patilla corta a la altura de la orejas; descuidado en el vestir, llevaba a diario una chaqueta larga y suelta, pantalón ancho arriba con bolsillos a los lados, zapatos de oreja grande y una gorra de seda negra con vivo de la misma tela.

El día anterior a su prisión, su traje era de brin plomo y chaleco de color oscuro.

En ese tiempo, raro era el que andaba de frac, la chaqueta era de uso general, llevando chaleco colorado los federales netos y aquellos que usándolos creían estar garantidos.

Como Rosas llevaba chaleco colorado, fue lo bastante para que su uso se generalizase, no habiéndose dado orden alguna que lo hiciera obligatorio.

No sucedió igual cosa con el bigote, que fue ordenado verbalmente, con motivo de una célebre guardia de honor muchos meses antes, en cuya ocasión muchos hombres serios y de una posición independiente se lo pusieron, postizos unos y con corcho quemado otros.

El origen del cintillo fue el distintivo adoptado por los miembros más conspicuos de la sociedad Restauradora, que algunos jefes se resistían a llevar.

Autor. Antonio Somellera

Una vez que don Mariano Maza me aconsejaba que me abriese la patilla si no quería exponerme a incidentes desagradables y hasta a ser víctima de algún atentado, le pregunté por qué él, que era un jefe al mando de un batallón, no se ponía cintillo, a lo cual me contestó: "porque no quiero cargarme de zarandajas". Tuvimos con tal motivo una larga discusión y concluyó por decirme: "si algo le sucede, no podrá decir que el amigo no se lo previno".

Sin quererlo, me he extendido en esta digresión, pero no he podido prescindir de hacerlo, cuando los recuerdos de ese pasado oprobioso se avivan en mi espíritu.

IX

En el curso de la conversación, no tardó Alegre en tocar a propósito un tema delicado. Manifestose disgustado, porque el Restaurador había dado mando de fuerzas al general Servando Gómez.

Consecuente con mi propósito, el día siguiente de aquel suceso del remate, me despojaba de las patillas y cortaba el cabello, dejándome el bigote de uso vigoroso, con lo que quedaba en condiciones de poder disfrazarme convenientemente, si fuese necesario.

Transcurrieron cuatro o cinco días, sin que a mi casa llegase persona alguna fuera de las de la familia, cuando de repente principió la afluencia de visitas, que parecían más bien de duelo; pues enseguida de las saluciones de estilo, tenía lugar una conversación difícil e insípida, porque nadie se atrevía a tocar los asuntos del día por temor a comprometerse.

Una noche en que nos encontrábamos reunidos un buen número de amigos, en su mayor parte extranjeros, se presentó de improviso el Secretario de la Sociedad Restauradora. El efecto que hizo en los presentes su entrada en la sala fue de sorpresa, en los extranjeros, pintándose en los semblantes de los hijos del país, algo así como una impresión de marcada alarma que se parecía al terror.

Yo fui inmediatamente a su encuentro y lo hice tomar asiento al lado mío. En ese tiempo no se acostumbraba a dar la mano a todos, como es hoy de rigurosa etiqueta. Como era consiguiente, me manifestó que sentía mucho lo que me había pasado, agregando que en casa del gobernador se había lamentado el suceso. En conclusión, me dijo que no me privase de salir de casa, que nadie me molestaría en lo más mínimo. Le di las gracias prometiéndole seguir sus indicaciones.

Pasé luego a conversar con un respetable jefe que momentos antes había entrado, el que me significó cuánto sentía el haberse encontrado en mi casa con el sujeto de quien acababa de separarme. Yo procuré tranquilizarlo lo mejor que pude.

X

Pocos días después llegó a mí noticia de que Bustillo había sido horriblemente maltratado por los mazorqueros. He aquí cómo pasaron las cosas.

Autor. Antonio Somellera

Cansado de pasar un encierro análogo al que yo observaba, salió una noche de su casa y fue a hacer una visita en la calle de Esmeralda cerca de la plaza del Retiro. Como a las diez de la noche volvía por la calle de Florida, y se le ocurre ver a nuestro amigo Atkinson, cuya casa, como todas las del barrio, estaba cerrada ya.

No bien había dado el primer golpe de los tres que acostumbrábamos los amigos para reconocernos desde el primer momento, dos individuos que habían estado ocultos entre los pilares de la puerta de la casa de la señora madre del Dr. Barros Pazos, se lanzaron sobre él y lo tomaron. Acto continuo principiaron a dar fuertes silbidos, apareciendo varios jinetes que lo amarraron y colocándolo en las ancas de un caballo desaparecieron con él a gran galope. Lleváronlo al hueco de los sauces, donde, a pesar de la desesperada resistencia que el valiente Bustillo oponía, lo flagelaron atrocemente.

A pesar del gran alboroto que los mazorqueros hacían y los gritos rabiosos y las maldiciones que la víctima dirigía a aquellos cobardes forajidos, ninguna puerta se abrió en aquella vecindad.

Como a las dos de la mañana, fuertes golpes a la puerta llenaron de sobresalto al respetable padre de Bustillo, que ansioso por la tardanza de su hijo, velaba con la familia toda; y cuando todos menos él, que desde años atrás se encontraba baldado, corrieron a abrir, se encontraron con el cuerpo casi exánime del pobre Manuel, a quien habían dejado tirado en el umbral, cubierto de sangre.

El cuadro de dolor y desesperación que se produjo en la familia Bustillo es más fácil concebirlo que expresarlo con las palabras.

Sólo una prolija asistencia médica y los asiduos cuidados de la familia, pudieron salvarlo. Los médicos le extraían de las muchas heridas que tenía, pedazos de las ropas: tal había sido la bárbara flagelación. De los tres compañeros, yo fui el que mejor había salido de manos de los mazorqueros.

La convalecencia de Bustillo fue lenta y trabajosa.

Convaleciente ya, pude verlo una noche y lo encontré dispuesto a abandonar la ciudad para ir a incorporarse al ejército libertador, y señalándome la frente me dijo: "hasta aquí he de venir de sangre."

Consiguió, en efecto, emigrar e incorporarse al ejército libertador, pero en la batalla del Quebracho² desapareció, sin que se volviese nunca a hablar de él.

Sin duda alguna, murió con gloria en esa acción de guerra, ese valiente ciudadano y patriota insigne, merecedor de una corona cívica. Sin embargo, jamás he visto nombrarlo en lo mucho que se ha escrito respecto a ese pasado en que él fue uno de los mártires de la Libertad.

XI

Después de esos actos de salvajismo desenfrenado, los mazorqueros se limitaron a insultar y mofarse de aquellos que se creían garantidos con la simple divisa pendiente del ojal de la

Autor. Antonio Somellera

chaqueta o del frac, y atacar a las señoras que no llevaban en su peinado el moño colorado, pegándose con brea, procedimiento que ejecutaban aun en la puerta de los templos, en horas de mayor concurrencia a las funciones religiosas.

A pesar de esa aparente calma, no podía resolverme a salir de mi casa, pero no pudiendo hacer por más tiempo abandono de mis intereses, me determiné a hacerlo una tarde, y como por vía de ensayo, me dirigía a visitar a mi pariente Echegaray, que vivía en la calle de Esmeralda; pero a poco andar me encontré con un individuo que llevaba cinta roja en el sombrero; tomé otra calle y me encontré con otros sujetos de igual divisa a quienes no pude esquivar; recién entonces recordé que yo llevaba por primera vez igual divisa o distintivo.

Bien pronto, por cierto, me acostumbré a llevar los distintivos federales, con lo que dicho sea de paso creía la andar perfectamente garantido, razón por la cual me animé a mostrarme en todas partes con gran divisa con letrero pendiente del ojal del frac y cintillo en el sombrero.

Persuadido de que con tales muestras de federalismo, sería respetado por los terribles mazorqueros, fui a ver a mi abogado el Dr. Zorrilla, que tenía su estudio y domicilio en unas piezas altas de la Recova Nueva y al escribano Mantaño, cuya oficina estaba bajo del Cabildo, en la cual el día del asesinato del doctor Maza, unos mazorqueros con los cabos de los rebenques habían roto el retrato que tenía el presidente de la Cámara de Justicia.

El objeto que me llevaba allí era acusar rebeldía en un pleito que sostenía con un pariente en representación de mi señor padre. Ese asunto y unos veinte mil pesos que había colocado sobre hipoteca, eran cosas que deseaba arreglar definitivamente, pues a pesar de que se me daban muchas seguridades de estar bien visto, por la circunspección con que me conducía después del suceso del '30, comprendiendo la falsa posición en que me encontraba, estaba resuelto a expatriarme, máxime abrigando, como abrigaba, la persuasión de que los acontecimientos políticos se desarrollaban de modo tal, que creía firmemente que la tiranía sería derrocada en poco tiempo por las armas de la libertad.

Felizmente, en pocos días más pude arreglar el negocio de la hipoteca. No así el pleito, que por consejo de mi abogado desatendí completamente.

He dicho que mi abogado era el Dr. Zorrilla, que no era federal ciertamente, pues fue degollado en su propio estudio a la luz del día meses después.

Tampoco era federal el escribano Mantaño, que se vio obligado a ocultarse y a emigrar a Montevideo, refugio, como todos los pueblos de la costa oriental, para los perseguidos por la mazorca o la policía de Rosas.

La mazorca o la Sociedad Popular Restauradora, máquina de asesinatos y crímenes atroces de toda especie, montada y manejada por Rosas, tenía más amplias funciones de exterminio y persecución que la policía, que estaba obligada a respetarla en absoluto.

La policía, que es la autoridad encargada de velar por el orden y seguridad públicos, no tenía entonces otra misión que ejecutar al pie de la letra las órdenes que se le transmitían, verbalmente casi siempre, por el primer edecán del Restaurador, como ser la de pasar por las armas a presos políticos, que sin forma alguna de juicio eran encerrados en los calabozos. Sus agentes, pues, no causaban el terror que aquellos insignes criminales miembros de la mazorca.

XII

Una vez estuve a punto de ser víctima de una falsa delación, en la que se citaba como testigo sabedor de la falta, al respetable Sr. D. Mariano Díaz, entonces teniente coronel reformado, que vivía de su trabajo honrado. Felizmente la delación fue hecha al Jefe de Policía, que hizo comparecer al expresado Sr. Díaz, que consiguió destruir por completo la falsa imputación que se me hacía de haber recibido correspondencia de a bordo de los buques bloqueadores, siendo él testigo de este hecho.

Si la falsa denuncia en vez de haber sido hecha a la policía, hubiese sido a Rosas o a la Sociedad Restauradora, habría seguramente corrido la misma suerte que Tiola.

Conocía yo los sujetos que habían fraguado, para explotarme, ese infame plan, pues me ofrecieron emplear su influencia para salvarme de una prisión segura. Sabían que yo había recibido algún dinero y uno de ellos llegó hasta buscarme el número de personeros que la policía me exigiese, persuadido de que la delación hubiese tenido el resultado por ellos deseado.

Los que fueron presos cuando la revolución de Maza, después de varios meses de cárcel, si querían ser puestos en libertad, eran obligados a poner el número de personeros que se les designaba, dos, cuatro, seis y hasta diez, como se le impuso a D. Santiago Albarracín, quedando ese sistema establecido desde entonces como medio de remontar las fuerzas de la Restauración, y sirviéndose de él muchas veces los alcaldes para explotar a los incautos.

XIII

Los pocos días que llevé de reclusión bastáronme para notar en la ciudad un cambio sensible cuando salí nuevamente a la calle. Las calles estaban poco menos que desiertas durante el día, y a las ocho de la noche estaban cerradas herméticamente las puertas de las casas, hasta las de comercio.

Esto, unido a que el alumbrado público se hacía entonces por medio de velas de sebo y era escasísimo el número de faroles, hacía que después de las ocho de la noche las calles estuviesen en una lóbreguez y silencio sepulcrales.

Nada interrumpía ese silencio, a no ser los gritos de los serenos que desde las diez de la noche, cada media hora, anunciaban la hora que era, precedida de la frase obligada de ¡Viva la federación, mueran los salvajes unitarios!

Autor. Antonio Somellera

En uno de los últimos días de enero del año '40, después de comer salí a dar un paseo a caballo con el objeto de respirar el aire libre del campo, llegando por caminos poco frecuentados hasta las inmediaciones de Flores y regresando a la ciudad por la que hoy es calle Arenales.

Y empezaba a oscurecer cuando llegaba a la plaza del Retiro, que debía cortar para tomar la calle Florida, por la que en aquel entonces se retiraban las gentes que de ordinario se detenían en las inmediaciones del cuartel de La Guardia Argentina, cuyo jefe era el coronel Rolón y el segundo el ñato Quevedo, a oír la música que en esa plaza echaba llamada a la primera lista.

Descollaban ya entonces los compadritos por sus hábitos y costumbres especiales, ejerciendo cierto imperio entre la muchedumbre.

Seguía mi camino de retirada hacia mi casa al paso de mi arrogante caballo, completamente tranquilo, en la persuasión de que llevando las zarandajas federales me hallaba completamente garantido, cuando apenas había pasado la bocacalle de Tucumán me llamó la atención un pequeño muchacho mal entrazado que comiendo se me acercó al estribo diciéndome: "Señor, de aquella botica le mandan este papel." Tomé el papel que me entregaba y lo guardé para imponerme de su contenido conforme tuviera ocasión de hacerlo sin testigos.

Sin apresurar por ello mi marcha llegué momentos después a la caballeriza de Colin frente a mi casa, e inmediatamente que el peón se hizo cargo de mi caballo, fui al cuarto de las monturas donde a la luz de un farol leía el contenido del billete que había recibido, que decía:

"Huya Ud. si no quiere ser preso".

"Será esto alguna broma", pensé para mis adentros, pues no podía convencerme de que se me persiguiese usando bigote, divisa y cintillo como usaba, ni más ni menos que el más pintado federalote.

En la duda de si era verdad lo que se me prevenía, resolví esperar, tomando todas las precauciones de seguridad que la prudencia aconsejaba.

Subí a mi casa y después de prevenir a mi leal sirvienta lo que debería hacer, caso que algún extraño me buscara, fui a verme con mi esposa que como de costumbre, cuando yo salía, iba a casa de su familia.

La continua zozobra en que vivía, no sólo había fortificado mi ánimo, sino también el de mi joven compañera, así que fue a pesar del nuevo incidente que determiné que pasásemos esa noche en nuestra casa, desde donde tenía estudiado el camino que había de seguir para evadirme en caso de que fueran a prenderme.

Serían las diez de la mañana del siguiente día, cuando llegó un joven diciendo que en interés mío deseaba hablarme. Era D. Florencio Escardó, dependiente o habilitado de D. Simón Pereira, sujeto que gozaba de una general reputación de hombre honrado. Recibí con satisfacción su visita, aunque nuestra relación jamás había sido otra que la de simple cortesía, y preguntándole el motivo, me dijo:

Autor. Antonio Somellera

— Vengo a ofrecer a Ud. la casa de mi señora madre para que se oculte en ella, hasta tanto pueda dejar la Patria, pues me consta que se ha dado orden de prenderlo; en el refugio que ofrezco a Ud., prosiguió, estará seguro pues con mi madre solo vive mi tía y una antigua sirvienta en quien tenemos plena confianza.

Agradeciéndole sinceramente su generosa oferta, le manifesté que no creía se me persiguiese, porque ni era criminal ni conspirador, y que descansando en seguridades que había recibido de personas respetables, de que estaba garantido, no pensaba ni esconderme ni salir del país.

Por más que había conocido el noble sentimiento con que ese apreciable caballero se interesaba en rendirme tan importante servicio, la crítica situación por que atravesaba entonces la sociedad, me obligaba a una reserva sistemática que juzgaba conveniente y necesaria.

El trató de persuadirme de que estaba en un grave error creyéndome garantido, y como yo insistiese me dijo:

— Tan cierto estoy de lo que le anuncio que uno de los comisarios que tienen la orden de prisión contra Ud. me la ha enseñado.

— ¿Quiere Ud. hacer el favor de decirme quién es ese señor comisario para estarle grato toda mi vida, le dije, pues mediante esa confidencia que le hizo, Ud. ha tenido oportunidad de hacerme el generoso ofrecimiento, que agradezco con toda mi alma?

Se disponía a retirarse sin satisfacer a mi pregunta cuando instado nuevamente por mí me contestó:

— Es mi amigo Ojeda, pero prevengo a usted que otros comisarios tienen igual orden.

XIV

No había transcurrido una hora cuando llegó una de mis tías a darme la misma noticia, aconsejándome que me refugiase en alguna casa extranjera, pues que le habían asegurado que en el día mi casa sería allanada por la policía.

Traté de tranquilizarla diciéndole que no conseguirían tomarme y que en breve estaría lejos de esta ciudad.

Esa misma tarde se me presentó el secretario de la Sociedad Restauradora, con la pretensión de que me presentase al Jefe de Policía a cuya presencia me acompañaría a fin de interceder a mi favor y conseguir que mi detención fuese corta.

Emocionado por el dolor de tener que separarme de mi esposa y de mi tierna hija, lo recibí encolerizado y despedí con palabras duras. Le dije que me sacarían de casa sólo a viva fuerza.

Autor. Antonio Somellera

Mientras pasaba esto se le prevenía a mi amigo Atkinson, que en las primeras horas de la noche escalaría las paredes de su casa:

Yo había sido, siempre y hasta este momento de opinión que los que habíamos estado iniciados en la revolución Maza, debíamos conservarnos en Buenos Aires para el caso de poder efectuar una reacción; pero en presencia de lo difícil de mi situación, era forzoso emigrar, así es que resolví expatriarme inmediatamente si fuese posible.

Resignado a mi destino incierto, esperé los últimos resplandores de ese día de crueles emociones, para despedirme de los objetos de mi amor, y cuando ya la oscuridad era suficientemente densa para impedir que los vecinos me viesen, me lancé a efectuar mi evasión por azoteas y tejados de la vecindad.

Me encontraba descendiendo el tejado del tercer patio de la casa de Lezica, cuando me apercibí de que tenía que escurrirme por sobre una pared que dividía a éste de un canal. Puse manos a la obra y cuando llegaba a la mitad del camino tropecé con un cajón de plantas que sobre la pared había. El ruido del choque fue sentido por las sirvientas de la casa, las que cuando me vieron fueron a dar aviso a la señora de la casa.

De este incidente todavía se acuerda don Enrique Lezica, que era entonces un pequeño niño.

Dando rodeos y orillando obstáculos, conseguí llegar a los fondos del Consulado Inglés, enseguida escalé una pared, y por una pila de escombros descendí a lo de Atkinson, donde este buen amigo me recibió con los brazos abiertos y me condujo al escondite que me había preparado con anticipación. Así escondido estaba en el hueco de una ventana en las piezas altas, cuyos muros tenían un espesor como de una vara, cubierto con un gran ropero que en el interior tenía un resorte que daba entrada a aquella especie de nicho.

— Esto para caso de necesidad, me dijo Atkinson; por lo demás, enseguida del dormitorio de mi primo Federico, hay una pequeña pieza que arreglamos entre los dos.

Este generoso amigo me dio seguridades plenas de que él y su viejo negro Pedro serían las únicas personas sabedoras de que yo me encontraba allí.

Su aviso de hoy, agregó Atkinson, me dio a entender bien claramente la difícil situación en que usted se encontraba, hace días que no aparecen por aquí los amigos Sixto Quesada, Francisco Siris, Pedro Hernández y demás tertulianos que visitaban mi casa. El único que ha venido es el doctor Hogan, y sabe usted que éste nunca tiene noticias; así es que amigo mío, esperaba ansioso la noche para verlo en seguridad.

— Sentiría inmensamente que mi permanencia en esta casa llegase a ocasionarle a usted algún perjuicio, le dije, y le pido que durante mi permanencia no se prive usted de salir como tiene costumbre de hacerlo.

Autor. Antonio Somellera

— Se engaña, amigo, hoy hago por necesidad otra vida; especialmente desde que mi primo Flores está ausente, salgo rara vez. Mi puerta sólo se abre cuando llaman a ella, pues como usted sabe, los dependientes se manejan por la de la casa de comercio; así pues, nada debe preocuparle. Está usted en su casa.

Efectivamente esa casa que había sido el punto de reunión de tantos amigos, por el carácter afable y bondadoso de sus dueños, se convirtió en silenciosa y triste mansión, participando del lúgubre aspecto de esta ciudad cuyos habitantes estaban ya a principios del fatal año '40, poseídos de terror por la sangrienta propaganda que como fiel intérprete de la voluntad del "Restaurador de las leyes", lanzaba diariamente la "Gaceta Mercantil".

El mismo tirano no disfrutaba de tranquilidad. Vivía encerrado porque temía un atentado contra su persona.

En su casa, por más que ella era frecuentada por sus feroces y leales esbirros, no se dejaba ver sino de alguno de ellos, a quien necesitaba dar alguna orden secreta.

Su galera colorada, completamente cerrada y tirada por cuatro caballos, con sopena de cuero crudo, solía vérsese cruzar las calles de la ciudad; y a pesar de que era escoltada por seis u ocho soldados con gorras de manga, chaqueta y chiripá colorados, era sabido que no iba en ella pues iba a Palermo volvía a caballo y en altas horas de la noche, escoltado por hombres de su confianza, carniceros de profesión.

Estos hombres pasaban todas las noches en el gran corralón de la calle Bolívar, contiguo a la casa de Rosas, con caballos ensillados y prontos para acudir a su llamado.

XV

Desde el primer día de dejar mi casa, sólo pensé en los medios de emigrar del país. El bloqueo de los franceses se había hecho tan riguroso, que en toda la extensa rada de Buenos Aires no se veían más buques que los bloqueadores, anclados en el canal exterior, y en la embocadura del Riachuelo de Barracas. El bergantín "Eloisa" armado en guerra al mando del coronel graduado D. José María Pinedo, que ostentaba a su popa la bandera de fajas negras con los gorros y letreros colorados, estaba encargado de la vigilancia de esa parte de la costa, teniendo a sus órdenes el lanchón "Manuelita", que en la noche la recorría.

Las embarcaciones que se encontraban dentro del Riachuelo no podían tener sus velas envergadas, sino en caso de permiso especial, porque de lo contrario sus dueños se exponían consecuencias fatales.

En toda la costa frente a la ciudad no había balleneras ni buques.

Como es fácil comprender, las evasiones eran imposibles por agua, desde la costa de la ciudad.

Con toda la abnegación del hombre de corazón noble, mi amigo Atkinson se empeñó infructuosamente durante más de un mes que me hospedó en su casa, en buscar los medios de proporcionarme una evasión segura.

Este caballero recibía aviso de que se sospechaba que yo estuviese oculto en su casa.

XVI

Un día por la mañana muy temprano, el Sr. Atkinson entró en mi escondite, aunque me hallaba todavía en cama, diciéndome que el respetable Sr. Arenales, que ya entonces era presidente del Departamento Topográfico, interesado en hablarme, se encontraba esperando en la sala, asombrándole la persistencia con que desde un principio le suplicó que no me negase.

Sin trepidar, le dije, estoy dispuesto a recibir a ese señor de quien soy antiguo amigo.

Un momento después estaba sentado a la cabecera de mi cama, interrogándome sobre los atracaderos que por las inmediaciones de San Isidro podían hallarse en la costa.

Una vez que le hube dicho lo que deseaba saber, se despidió de mí con un fuerte apretón de manos y se retiró con la misma gravedad con que había entrado.

En aquel momento no pude explicarme de un modo satisfactorio el objeto de aquellas preguntas, y quedé engolfado en un mar de conjeturas diversas, llevándome mi imaginación hasta pensar en un desembarco de fuerzas libertadoras por aquellos parajes de la costa.

Algunos días después, mi amigo me hizo saber que ya tenía todo preparado para mi embarque por aquellos parajes, en compañía del Dr. Juan Antonio Fernández, persona distinguida y respetable por sus cualidades morales y su reputación médica, que como yo, se encontraba oculto y debía seguir a su hijo D. Julián que había emigrado.

Al efecto, debíamos ambos trasladarnos por la noche al pueblo de San Isidro.

El día 12 de mayo fui prevenido por mi amigo de que esa noche en el hueco de "Na Gracia", hoy plaza Libertad, me esperaba un paisano de toda confianza, que sería nuestro guía hasta el punto por donde debía efectuarse el embarque, para pasar a la costa del Estado Oriental teniendo un buen caballo ensillado a mi disposición.

Así, pues, preparé lo necesario para disfrazarme de modo que los miembros de la Sociedad Popular que llegasen a encontrarme me creyesen de los suyos.

Comuniqué inmediatamente a mi afligida esposa mi próxima partida, y al mismo tiempo le pedía me remitiese las piezas de ropa necesarias, que no tardaron en llegar a mi poder.

Mi pobre esposa creía que con mi expatriación se aproximaba nuestra reunión tan deseada.

Autor. Antonio Somellera

Al anochecer, después de escribirle dos cartas, una avisándole que ya estaba en salvo y la otra que me ponía en viaje para Montevideo, a donde debería dirigirme la correspondencia por el primer paquete inglés que saliese, me vestí para esperar el último aviso, sentí un acerbo dolor en el espíritu por nuestra separación...

Cuando me vi vestido de chaqueta, con gran divisa llena de letreros sangrientos, chaleco colorado, tirador al cinto, rebenque de lonja y sombrero de unos que usaban los guasos, llamados de panza de burro, con mis botas deslustradas y poncho de paño burdo tejido a pala, no me reconocí.

La hora de mi partida se acercaba con más lentitud de lo que yo deseaba, cuando fui sorprendido con la presencia de una respetable señora: era la esposa del Dr. Fernández que venía a avisarme que ya era la hora de partir.

Inmediatamente llegó Atkinson a decirme que saliese por la puerta de calle, que él con mis compañeros iban a salir por la casa de Comercio, y que a cierta distancia lo siguiese por la calle de Cuyo, instrucciones que seguí al pie de la letra sin obstáculo alguno, protegido por la soledad y escasa luz del pésimo alumbrado público.

Seguía a mis guías como a distancia de media cuadra, con la vista baja y con aire de compadrito.

Mi compañero de evasión, el Dr. Fernández, vestía de frac azul, como de ordinario, consistiendo su disfraz en una gran corbata y el sombrero echado hacia la nuca, con que no me podía explicar sino pensando que después cambiaría de traje.

Al pasar por frente al templo de San Nicolás, vi que en la puerta de calle del Sr. Blas Pico se hallaban dos mujeres, al parecer sirvientas, y al llegar a ellas oí que la una decía a la otra: "te apuesto a que el alto no es inglés, a que es el médico Fernández a quien conozco muy bien porque varias veces he ido a llamarlo".

Esto me hizo conocer que entre aquellas se había mantenido un diálogo motivado por el disfraz de mi compañero que trataba de parecer inglés.

Como a las ocho llegamos al anunciado rancho que estaba en el centro de una pequeña quinta de higueras y tenía un farol a su freírte.

No había tiempo que perder y luego que mi generoso amigo me presentó al paisano Correa, dándole un fuerte abrazo, le di el adiós de despedida, montamos los tres a caballo, salimos al camino buscando los menos frecuentados hasta alejarnos del poblado.

Por fatalidad llegamos a pasar por una casa quinte cuyo viejo edificio daba a la calle y tenía un portón a uno de sus lados, cosa que el doctor reconoció ser de la familia Carrasco, diciéndome que quería entrar en ella a tomar agua porque sentía una sed desesperante, y sin más arrimó su caballo al portón y comenzó a llamar dando golpes con su látigo.

Un momento después le abrían y penetraba invitándonos a hacer lo mismo.

Autor. Antonio Somellera

La noche estaba clara y serena, convidando a los que pasaban los domingos en los pueblos de la costa a hacer el viaje a esas horas. A favor de esta circunstancia, como que era un sábado por la noche, nosotros viajando no llamaríamos la atención por cuya razón y a fin de no perder el tiempo lastimosamente, me dirigía al doctor para apurarlo y convencerlo de que debíamos ponernos en marcha inmediatamente, cuando apareció Benito Carrasco instándonos a que nos desmontásemos, mientras el doctor saciaba su sed con el agua fresca que había mandado sacar del pozo de balde.

Conforme vi a Carrasco, descendí de mi cabalgadura rápidamente para estrechar entre mis brazos al amigo querido a quien no había visto después de su salida de la cárcel, donde se lo había tenido por algún tiempo con barra de grillos, con muchos otros jóvenes que fueron presos cuando el suceso Maza.

Aquí estoy; me dijo, hace días, solo con el viejo quintero, por crearme más seguro que en la ciudad. Y agregó: por el traje que vistes veo que van ustedes en fuga, pero me causa extrañeza que el doctor no lleve disfraz.

Este señor había tomado asiento bajo el corredor, mientras nosotros hablábamos sobre las novedades que esperábamos se produjesen en el país para vernos libres de la tiranía que nos oprimía.

Poniendo punto a nuestra conversación, me apresuré a invitar al doctor para seguir nuestra marcha; pero cuál no sería mi sorpresa cuando me manifestó su resolución de no proseguirla hasta el amanecer, porque consideraba imprudente y arriesgado viajar a esa hora de la noche, por las sospechas que, según él, despertaríamos en todos los que en el camino encontrásemos.

A pesar de todas las reflexiones que le hice, nada conseguí y fue necesario que me resignara a aquella demora, que podía ser causa de numerosos contratiempos y, sobre todo de que malográsemos la oportunidad de embarcarnos frustrando así los trabajos del amigo que cooperaba eficazmente a nuestra evasión del país.

Concurría a calmar mi impaciencia y a hacerme soportar resignado esa gran contrariedad, la fisonomía triste del doctor que parecía estar bajo el peso de emociones dolorosísimas, motivada sin duda por su impensada y brusca separación de la familia.

No se ocultaba a primera vista, que la resolución de emigrar había sido tomada por el doctor súbitamente. Así lo daba a entender lo desprevenido que estaba para emprender su viaje cuyo término o duración no podía conocer.

XVII

Carrasco, que después de varios días de estar solo en esa quinta, tenía hambre y sed de conversar, había apoyado la conveniencia de postergar nuestra marcha; así es que ordenó desensillar los caballos, poniéndolos a lazo para que pastaran en la quinta durante la noche. Nosotros nos sentamos bajo el corredor que miraba al poniente.

En las habitaciones del vetusto edificio donde nos encontrábamos, se veían algunos muebles antiguos, como camas, mesas y sillas de moda pasada. La sola vista de estos muebles dispersos aquí y allá sin orden alguno, estaba indicando la ausencia de moradores por largo tiempo en aquella mansión.

Como el dueño de casa nos propusiese tomar mate, yo acepté el ofrecimiento bajo la condición de que para que ello no fuese necesario mandar al almacén o pulpería, porque creía prudente y conveniente a nuestra seguridad, el que el viejo gallego no saliese ni conversase con persona extraña mientras nos hallásemos en esa casa.

— Todo lo necesario y algo más hay en la casa, contestó Carrasco, ordenando seguidamente a su fiel quintero que hiciese fuego para calentar agua y tomar mate.

Como tras largo tiempo, nos volvíamos a ver casualmente con Carrasco aquella noche; éste, que era de carácter alegre y palabra chispeante, hizo que la conversación que sosteníamos fuese avivándose por momentos y que estallara la risa con estrépito, en ocasiones. Estas expansiones dieron lugar a que nuestro venerable compañero nos observase que si alguno pasaba a esa hora por la calle podía oírnos, y llamarle la atención la circunstancia de haber gente en aquella casa habitualmente solitaria y silenciosa, a altas horas de la noche.

Aceptamos la invitación y bajamos el tono.

Tomando mate y fumando nos pasamos hasta las doce de la noche. A esa hora recién nos acostamos a dormir, sin embargo teníamos que estar en pie y prontos a emprender la marcha con las primeras claridades del crepúsculo de la mañana.

El doctor se acostó en un catre colocado en medio del gran salón de la casa. Benito Carrasco y yo nos acostamos en una cama, pues no había otra disponible. Nuestro guía, como buen gaucho, tendió su recado al aire libre, para en cuanto viniese la madrugada ensillar los caballos y encontrarnos viajando con la fresca.

No pude, por más que intenté dormirme, conciliar el sueño: las cavilaciones me dominaban; entre todas las ideas que en torbellino se agolpaban a mi imaginación, predominaba con tenacidad, la de que aquella detención había malogrado para nosotros la ocasión oportuna de salir del país, para ir a respirar en tierra extraña el ambiente de libertad que no existía en tierra argentina, bajo la sangrienta dictadura del feroz tirano que la oprimía.

XVIII

Era oscuro todavía, cuando sentí que alguien andaba con las monturas que habían quedado en el corredor. Salí inmediatamente y encontré que era nuestro guía Correa, que ansioso como yo, de salir de esa quinta, se preparaba a ensillar ya para no perder tiempo.

Señor, me dijo al verme, si en cuanto el día apunte nos ponemos en marcha, llegaremos temprano a la casa del teniente Cura, que ha de hacer lo demás.

Autor. Antonio Somellera

Esto diciendo, él cargó con una montura y yo con otra, nos dirigimos al monte donde pronto dejamos ensillados y listos para la marcha a los tres caballos, a quienes el previsor paisano había ya dado de beber.

La soledad de aquella gran quinta ofrecía en su arboleda albergue seguro a infinidad de pajaritos que en ese momento en que regresábamos a la casa, saludaban llenos de júbilo con sus trinos y gorjeos la venida del día, acompañándome inconscientemente a festejar el ansiado momento de mi partida.

Sin embargo, una nueva y mayor contrariedad que la de la noche anterior me esperaba al llegar a la casa, en presencia de mis amigos.

Carrasco y el doctor me esperaban con la noticia de una nueva postergación de nuestra partida. No pude disimular el desagrado que semejante resolución me produjera.

Carrasco entonces me abrazó, diciéndome: no puedo quedarme, he resuelto acompañarlos, y al efecto ahora mismo se lo participo a mi madre y le pido me mande inmediatamente algo, que me es indispensable para el viaje.

— ¿Con quién vas a mandar a tu casa?, le pregunté.

— Con el gallego quintero que es de mi entera confianza, que me traerá lo que le pido. Caballo tengo, y bueno.

— Reprimí el enojo y la gran contrariedad que este inesperado incidente me causó; fui en busca de Correa y diciéndole lo que pasaba, desensillé.

El hizo otro tanto sin decir una sola palabra, pero profundamente desagradado. Su absoluto silencio manifestaba con más elocuencia que lo hubiera hecho con las palabras, el disgusto que le causaba la nueva demora.

Si yo hubiese sido supersticioso, hubiese atribuido a ser día trece los contratiempos con que se iniciaba desde las primeras horas.

No me dejaba de mortificar un solo momento, además, la idea de que el gallego en su largo camino, nos adelantase inocentemente, entrando a conversar en alguna pulpería de tránsito.

XIX

A eso de mediodía, llegaban la señora madre y las dos hermanas de Carrasco, las que habían ido a pie desde la calle de Maipú entre Corrientes y Cuyo.

Llegaron llorosas y con los rostros encendidos por el fuerte sol de la estación, fatigadas y afligidas, trayendo los encargos hechos.

Autor. Antonio Somellera

A la vista de sus antiguas amigas, el doctor se reanimó, mostrándose hasta jovial en ocasiones. Les prometía atender a Carrasco, a quien tomaría bajo su tutela, desde ese momento.

El doctor y yo nos retiramos a pasearnos a la sombra de los naranjos, con el objeto de dejarlos en libertad para sus confidencias de despedida.

Aproveché esos momentos para comunicarle cuánto me preocupaba la tardanza del gallego, que había salido de la ciudad antes que las señoras. Temía que hubiese cometido alguna indiscreción, y por precaución consideraba conveniente efectuar nuestra partida sin esperar la noche.

— No tenga usted cuidado, me dijo el doctor; es un sirviente antiquísimo en la casa, en quien se tiene entera confianza: ha visto nacer a todos los hijos de mi compañero Carrasco.

— Todo eso está muy bueno doctor; pero no nos garante de que no haya sido indiscreto con alguno de los muchos conocidos que habrá encontrado en el camino, de ida y vuelta del pueblo. Y tenga presente que los que como él viven en soledad, cuando encuentran con quién hablar, hablan y hablan más de lo que debieran...

Esta reflexión le impresionó y me prometió influir para que las señoras se retirasen temprano.

Cuando concluimos esa conversación, regresando a la casa, encontramos que ya había vuelto el quintero y estaba haciendo fuego, y los niños se disponían a preparar alguna comida con las provisiones que en una pequeña canasta habían traído.

Media hora después, tomábamos una frugal comida de que teníamos por cierto ya gran necesidad a esa hora, pues nuestro alimento hasta entonces había consistido solamente en pan, mate y algunos higos.

A las cuatro de la tarde las señoras se retiraron después de una sentida despedida en que derramaron muchas lágrimas, y que nos dejó a todos muy impresionados.

No era para menos, íbamos a expatriarnos; la empresa era peligrosísima, nos iba en ellos la vida si éramos descubiertos. Si lográbamos evadirnos nos esperaba después un porvenir incierto, brumosos, entre cuyas sombras, sin embargo, el espíritu del patriota vislumbraba en alas de la esperanza, los destellos de una aurora de redención y libertad.

Como medida de precaución y velando por nuestra seguridad me tomé la libertad de suplicar a la madre y hermana de mi compañero Carrasco, que enjugasen sus lágrimas y se tranquilizasen, a fin de no llamar la atención de los transeúntes a su vuelta a la ciudad.

XX

Dominado por el presentimiento de que nuevos y aun peores y más serios contratiempos nos esperaban, sentía una ansiedad muy grande por salir de una vez de aquella quinta, que

Autor. Antonio Somellera

consideraba fatal para nosotros desde la noche de la víspera. Así fue que, pasada una hora de la partida de las señoras, dije a mis compañeros:

— Animo, amigos míos, poco falta para las 6, partamos ya, no esperemos la noche, porque aquí estamos expuestos a ser sorprendidos. Los vecinos acostumbrados a la soledad de esta casa que han visto hoy entrar y salir gente de ella, deben sospechar de que algo nuevo pasa, máxime viendo llegar y salir a las señoras en horas de mayor sol y de un calor sofocante. Además, una vez en camino, nadie extrañará que cuatro hombres transiten a caballo en día de fiesta para regresar a las chacras; no sucedería lo mismo si nos pusiéramos en marcha de noche, lo que daría lugar a desconfianzas y conjeturas fundadas, no debiendo olvidarnos de que estamos en una época en que el espionaje se ejercita activamente.

No bastando estas y otras observaciones que hice a mis compañeros, me vi en la necesidad de decirles:

— Señores, yo me encuentro en situación ventajosa respecto de ustedes, porque sobre mí pesa una orden de prisión, porque van a hacer dos meses que yo vivo oculto, y ustedes ayer no más tenían libertad plena de vivir entre los suyos, no pareciendo extraño a nadie el que un amigo íntimo visite a otro; por todo lo cual declároles formalmente que voy ahora mismo a ensillar mi caballo para irme solo o acompañado. Iré a buscar refugio en alguno de los pueblos de la costa o en Flores, y en último caso me volveré a la ciudad.

Esta vez fue más eficaz mi palabra y aunque de mala voluntad se resolvieron a seguirme.

Busqué a Correa que ya andaba algo atufado, y le di orden de ensillar sin demora.

Más que de prisa arregló las cabalgaduras y dirigiéndonos al portón, Carrasco llamó al quintero y le ordenó que le abriese.

Mientras el quintero se disponía a cumplir la orden, yo pregunté si no había algún portillo por donde salir.

— Si, hay uno en el costado norte, que da a la calle de la vuelta, contestaron Carrasco y el paisano Correa a un tiempo.

— Pues yo voy a salir por él, les dije, y nos dirigimos con este último en busca de esa salida excusada. El doctor y Carrasco nos siguieron.

Correa como buen paisano, en la mañana de ese día había practicado un reconocimiento de toda la quinta.

Cruzando por entre las matas de pitas, uno después de otro, nos encontramos pronto a más de media cuadra en la calle del frente, del negruzco edificio de la quinta, en el camino que iba por detrás de los corrales de la Recoleta.

Autor. Antonio Somellera

Nos hallábamos ya como a dos cuadras del portón por donde me había excusado salir, cuando se me ocurrió mirar para atrás, apercibiendo una polvareda que se aproximaba a él. Llamé la atención de mis compañeros sobre ello, diciéndoles. "Si demoramos un minuto más nos atrapan".

Pudimos notar desde donde estábamos, que un grupo de gente entraba a la quinta, no quedándonos duda alguna de que era una partida que iba en busca nuestra.

Nos pusimos a galopar. Mis temores se habían realizado.

Nuestros perseguidores debieron buscarnos entre la arboleda de la quinta, pues que tardaron en aparecer en el camino, donde sus caballos lanzados a todo galope, levantaban una densa nube de polvo.

Nuestros caballos bien mantenidos a pesebre iban fogosos y no necesitábamos apurarlos, persuadidos como estábamos que no nos darían alcance, en el tiro que debíamos recorrer antes de que oscureciese.

Tomamos la precaución de dividirnos de a dos, tomando unos por el costado derecho y otros por el izquierdo del camino carretero, que era bastante ancho, a fin de que nos perdiesen de vista.

Ya entre dos luces, como dicen nuestros hombres de campo, pasamos por la pulpería que se conocía por D. Valerio, en la que había varios caballos atados al palenque.

La claridad de la luna nos contrariaba un tanto, lo mismo que el ladrido de los grandes mastines que abundaban en el trayecto, que denunciaban nuestra pista a nuestros perseguidores.

Sin duda, algunos de ellos cambiaron de caballo montando en los que vimos al pasar, atados al palenque, porque uno que tenía traza de sargento o cabo de partida nos alcanzó, galopando a nuestro costado un buen trecho, quedándose atrás, así que vio que los cuatro compañeros nos reuníamos. Entonces Benito Carrasco, apareando su caballo al alío me dijo: "tenías razón en lo que nos dijiste".

Este uno de los tantos percances que nos aguardan si la Providencia no nos protege, le contesté. Es necesario cuidar al doctor, pues temo que el gran galope que llevamos le haga mal, porque no es muchacho como nosotros.

El soldado de la partida, que nos había dado alcance, se había quedado atrás, y sin duda debió dar aviso a sus compañeros que le era de todo punto imposible a él solo detenernos.

Debido al silencio de la noche, podíamos percibir distintamente el ruido que producía el galopar de muchos caballos juntos, dándonos esto a comprender que se obstinaban en perseguirnos. Era pues necesario sustraernos a esa persecución tenaz, interponiendo la mayor distancia posible entre nuestros perseguidores a favor de la gran superioridad de nuestros caballos.

XXI

Cuando nos encontramos en la proximidad del pueblito de San Isidro, deteniendo la marcha de nuestros fatigados caballos, nos ocupamos en resolver si entraríamos a él o no, conviniendo todos en buscar refugio en alguna de las chacras cuyas casas estaban situadas cerca de las barrancas del río.

El doctor Fernández fue de opinión de que nos dirigiésemos a la de D. Ladislao Martínez. Carrasco y yo fuimos del mismo parecer; pero observé que era prudente y necesario desviarnos del camino ordinario, y al efecto pregunté a nuestro guía si podíamos encontrar otro por la costa que nos condujese a la quinta expresada.

—Sí señor, dijo el paisano Correa, que era el interrogado, podemos tomar el callejón del costado de la chacra de Pueyrredón que dista poco de aquí.

Inmediatamente nos pusimos al trote y a poco andar penetrábamos en una estrecha calle donde lo tupido de los montes de duraznos que había a los dos lados del camino, no permitía que penetrara la luz de la luna.

Esos bosques como los del oeste, entre Flores y Santos Lugares, abastecían de leña a la ciudad desde muchos años atrás. Eran inmensos pues y en extremo tupidos, en términos que en la época del corte era difícil penetrar en ellos.

Habíamos andado una regular distancia por aquel estrecho y sombrío camino, donde no encontramos ni perros siquiera, cuando dimos con otro camino del mismo aspecto que lo cruzaba, diciéndonos nuestro guía que era el que comunicaba con las chacras.

Cansados con la marcha precipitada que habíamos hecho nos detuvimos en aquel punto a deliberar sobre el partido que en definitiva debíamos tomar.

Carrasco y yo fuimos de parecer que el Dr. Fernández fuese conducido por Correa a lo del señor Martínez o a otra parte, donde pudiese reposar de su fatiga con toda seguridad; pues que estábamos convencidos que su edad y la postración en que estaba, le impedirían resistir nuevas contingencias y fatigas por el resto de la noche.

Nuestra situación era, como se comprende, por demás crítica: o teníamos que remar toda la noche si lográbamos embarcarnos, y esto en el mejor de los casos, o nos veríamos forzados a regresar de nuevo a la ciudad, con doble fatiga y peligro. Y estas pruebas no eran para los años de nuestro distinguido y venerable compañero.

— Luego que deje al doctor en seguridad, vendré en busca de ustedes, nos dijo nuestro excelente guía.

El doctor Fernández se despidió de nosotros con un expresivo apretón de manos, sintiendo separarse de "sus muchachos" como nos llamaba durante la persecución.

XXII

Quedamos esperando el regreso del paisano Correa que nos prometió volver pronto, pero transcurrió una hora y otra y no aparecía. Esta demora inesperada nos puso en seria alarma, y ya nos considerábamos abandonados en aquellos parajes desconocidos, cuando llegó a nuestros oídos el desagradable chirrido de una pesada carreta que venía del lado norte en dirección a donde nosotros estábamos. Vacilando entre quedarnos o retirarnos del camino optamos por lo último, y nos ocultamos así montados, en una zanja a la que hacían sombra un grupo de sauces y altas matas de viznaga.

La carreta posó cerca de donde creíamos estar invisibles. El calmoso paso de los bueyes que arrastraban ese pesado vehículo de nuestras campañas nos permitió ver que era solo abierta por delante, por donde salía una pequeña picana, que alternativamente y a compás tocaba el costillar de los animales, que al sentirla cimbraban la cola hacia el punto tocado como para espantar moscas o mosquitos.

Cuando había pasado, Carrasco me dijo: ¿quieres que nos vayamos en ella?

¿Adónde? y acaso de ir ¿qué haremos con los caballos? Para eso sería preferible, aprovechando la madrugada, volver a la ciudad, sin que nadie pueda extrañar que en esta estación regresen el día lunes al pueblo, los que han pasado el domingo fuera de él.

Eran ya más de las once cuando apareció nuestro guía y así que llegó nos dijo, que después de dar grandes rodeos, dejaba en parte segura al doctor Fernández, que le encargó volviese en nuestra busca.

— Así, pues, es necesario que me sigan a alguna distancia, agregó, si galopo galopan ustedes; si trote, trotan, guardando siempre como una cuadra de distancia, más bien más que menos. Si llegase a pararme es señal segura de que hay peligro y entonces deberán huir; y si llegase ese caso creo que deberían ustedes volverse a la ciudad.

— Amigo Correa, le dije, esté seguro que sus advertencias serán cumplidas con rigurosa exactitud; así es que podemos ponernos en marcha cuando usted quiera. Y salió inmediatamente al trote.

— Compañero, creo que razón sobrada tenías en aquellos de los contratiempos o percances que debían sucedernos, me decía con su risa habitual Benito Carrasco, mientras íbamos en marcha observando atentamente los movimientos de nuestro guía.

Llegamos a la barranca del lado del río sin tropiezo, pero nos encontramos con que después de reunirnos, teníamos que descenderla por una estrecha y tortuosa senda que se asemejaba más a precipicio que a camino.

Descendimos uno tras otro, oprimiendo fuertemente con las piernas la montura para no salir por sobre la cabeza del caballo.

Autor. Antonio Somellera

Una vez en el bajo, caminamos algunas cuadras hacia el sur. Correa se paró de pronto y con voz de mando nos ordenó echar pie a tierra, desensillar y cargar con las monturas. Mientras ejecutamos la orden, exclamaba Carrasco: ¡otro percance!

Volvimos a subir la barranca desde cuya altura pude contemplar el hermoso espectáculo que presentaba el río tranquilo y terso como un inmenso espejo, en cuya superficie los dulces rayos de la luna formaban esos caprichosos juegos de luz que producen en el ánimo impresiones suavísimas y despiertan sentimientos magníficos impregnados de melancólica ternura.

Al otro lado de este río, pensaba y me lo decía a mí mismo, está la tierra oriental, cuyo puro ambiente de libertad no está contaminado por el aliento mefítico de la tiranía. Hacia ella pues se dirigían mis miradas ansiosas; en ella tenía puesta mi esperanza...

XXIII

El gran edificio en qué debíamos hallar salvador refugio estaba ya a pocos pasos de distancia de donde nos habíamos detenido. Vimos desprenderse de su lado más sombrío un hombre que se adelantó con aire grave y misterioso, a recibirnos. Nos invitó en voz baja a que lo siguiésemos.

Era el dueño de casa.

Tocó un aldaba, una puerta se abrió enseguida y nos invitó a que pasásemos por ella, entrando en una habitación completamente oscura.

Era pues, llegado el momento de despedirnos de Correa y me detuve un momento a ese objeto.

Encargué a ese buen paisano, asegurase nuestros caballos, que me dijo:

— El suyo, como aquerenciado aquí, habrá ganado el potrero; el de su compañero lo llevaré a la chacra de Sáenz Valiente, donde sabía parar desde que era peón de Don Gervasio Rosas, cuando venía de su estancia en el Rincón de López.

Dicho esto, me despedí de él estrechándole la mano en la que deposité algún dinero como gratificación. Entré enseguida a la habitación oscura y la puerta se cerró detrás de mí quedando así sumidos en una oscuridad completa.

Inmediatamente el dueño de casa que nos guiaba abrió otra puerta y pasamos a otra pieza que parecía hubiese sido el gran salón de la casa. No había más luz en ella que la que despedía una vela de sebo colocada sobre una de las extremidades de un banco de pino.

Las monturas con que íbamos cargados las depositamos junto a una gran cantidad de trigo, donde estaba también la de nuestro compañero el doctor Fernández, a quien en el primer momento no habíamos visto debido a la escasísima claridad de la habitación.

Autor. Antonio Somellera

Nuestro venerable compañero de penurias, rendido de fatiga aún y sofocado de calor se encontraba sentado en uno de los extremos del banco, sin frac, con la corbata suelta, desprendido el cuello de la camisa y en actitud meditabunda.

Nuestras miradas se encontraron, significándonos con un pausado movimiento de cabeza pero sin pronunciar una palabra ¡cuán contrariado se encontraba!

Llenando un deber de cortesía fui a manifestar mi agradecimiento a nuestro nuevo protector y recién entonces lo reconocí y me reconoció. Era D. Diego Martínez.

Este señor, en vista de la escasez de harinas y el alto precio que tenían por causa del bloqueo, había labrado una buena porción de tierras y conseguido una abundante cosecha de trigo.

Los peones del señor Martínez eran todos vascos a consecuencia de que todos los hijos del país eran obligados al servicio militar.

Martínez nos dijo: me disculparán ustedes si no les doy buenas camas para que descansen esta noche. No tengo otra persona de quien fiarme que del cocinero, y es necesario que nadie sepa que están ustedes aquí. Por el momento voy a hacer traer una sandía para que se refresquen, dijo finalmente, y salió por otra puerta que la que habíamos entrado.

Un momento después se nos presentó un mulato alto y flaco, que llevaba por toda vestimenta un pantalón de brin blanco y tiradores de lo mismo, trayendo una hermosa sandía y cuchillos.

La colocamos sobre el banco en que estaba sentado el doctor y partiéndola nos pusimos a saborearla con ansia, calmando con su dulce jugo nuestra ardiente sed.

Pero no bien habíamos empezado tan consoladora tarea, cuando oímos ladridos de perros que se aproximaban cada vez más a la casa. Eran gentes extrañas que se acercaban a la casa, sin duda alguna, lo que motivaba la voz de alerta, que daban los perros a su amo.

Nos alarmamos naturalmente y un minuto después entra el señor Martínez apurado y nos dice:

— Escondan entre el trigo las monturas.

— Dicho y hecho; en un santiamén Carrasco y yo las enterramos dentro del montón de trigo, sin comprender el alcance de esa precaución a nuestro parecer excesiva.

— Ahora apaguen la luz y síganme, agregó Martínez.

— ¡Otro percance! me dijo al oído Benito Carrasco.

Nuestro protector nos llevó por donde habíamos entrado, salimos a un estrecho pasillo, en el cual reparé que por debajo de una puerta que quedaba al costado izquierdo salía luz. El señor Martínez se detuvo allí y por el ojo de la llave dijo: "apague la vela y salga".

A pocos momentos salía un hombre con abultado lío oculto debajo del brazo.

— Este es mi cuarto, nos dijo y siguió marchando por el largo pasillo, y nosotros tras él.

—Nos conduce a otra habitación donde podremos descansar, decía yo para mi colete, mientras íbamos atravesando el pasillo.

Abrió por último otra puerta por donde entró el resplandor de la luna. Estábamos hacia el lado del río; seguimos en dirección al sur, ocultándonos entre la maleza y las altas plantas de viznaga.

Cuando estuvimos como a dos cuadras de las casas, tomamos a la derecha internándonos en un tupido monte. En un paraje adecuado para escondite nos detuvimos y entonces Martínez dijo:

— Aquí esté bien para que pasen la noche.

Entonces le pregunté, quién era el nuevo compañero que traíamos.

— Es el señor D. Blas Pico, que hace tres o cuatro días espera ocasión de embarcarse, nos contestó.

Inmediatamente estrechamos todos efusivamente la mano al antiguo amigo.

Allí nos dejó nuestro protector ofreciendo volver al siguiente día con provisiones de boca. Convinimos en que la señal para que lo reconociéramos consistiría en tres golpes en la carona o aleta de cuero de la montura, a la que debíamos contestar con igual número de palmadas.

Enseguida, Carrasco con el señor Pico, que tenía poncho, y yo con el Dr. Fernández sobre el mío, nos tendimos en el suelo con el objeto de descansar y conciliar el sueño, debajo de unos árboles.

A aquella hora la luna se había ocultado ya detrás del horizonte, por consiguiente el sitio donde nos encontrábamos estaba sumido en la más densa oscuridad, no permitiéndonos esa circunstancia leer en nuestros semblantes el estado de nuestros ánimos.

Sin embargo, el silencio profundo en que pasamos largo rato bien daba a entender a cada uno de nosotros el estado de ánimo de los otros compañeros.

Parecíame que todos estuvieran dormidos cuando el silencio se prolongaba demasiado, y para averiguarlo, pregunté a Carrasco si había traído armas.

Ni cortaplumas, me contestó; pero el coronel Pico tiene consigo un par de buenas pistolas.

Me convencí de que nadie dormía, a pesar del silencio absoluto en que todos nos habíamos refugiado.

Autor. Antonio Somellera

Cuando el hombre medita, cuando el espíritu se reconcentra y repliega dolorosamente sobre sí mismo, a impulsos de gracia, los labios callan...

A la fatiga moral que sentía, se agregaba otra mortificación, que aunque puramente física, no por eso dejaba de atormentarme atrozmente. Sentía una sed ardiente, que no había podido apaciguar ni con el pedacito de sandía que había tomado en lo de Martínez, ni con la humedad del ambiente de la selva.

No pude en toda la noche dormir un minuto. Igual cosa les pasó a mis compañeros.

A los primeros albos del día nos pusimos de pie, ansiando la llegada de nuestro protector con noticias favorables, que nos diesen esperanzas de que pronto cambiaría la situación en que nos encontrábamos.

¡Cuán lentas y pesadas corren las horas para el que espera con ansiedad!

Recién a eso de las once de la mañana se nos presentó montado en un petiso, el señor Martínez, con gran poncho de vicuña y sombrero de paja.

Antes de apearse nos pasó una servilleta en la que encontramos pan, carne, dos lenguas fiambres y dos botellas de agua.

Sin esperar pregunta alguna de nuestra parte y mientras calmábamos nuestra sed, nos dijo:

— Esos demonios que los perseguían no piensan irse, porque el que los manda es un español, Taboada, ayudante de serenos, dice que los ha de llevar a la ciudad; y que Espeleta antes de entregarlos a la policía les ha de dar cien azotes a cada uno y doscientos al Dr. Fernández.

Agrega que está cierto de que los que ha perseguido sois los mismos que se reunieron en la quinta de cerca de los Corrales, lo cual supo porque el quintero de regreso de la ciudad entró a un almacén de un español amigo suyo a descansar y habló del asunto en su presencia.

Que se le escaparon a causa de que habiendo ido a la policía en busca de soldados, por no haberlos lo mandaron al cuartel de Cuitiño y luego de éste por la misma causa al Parque, donde le dieron seis soldados y un sargento, habiendo en estas andanzas perdido mucho tiempo.

Que todos estos pormenores, nos dijo Martínez, los obtuvo de un amigo suyo que esa mañana se los había transmitido, con más la circunstancia de que el juez de Paz le dio la noche anterior cuatro hombres para vigilar la costa.

Cruzamos con Carrasco una mirada significativa al oír tales nuevas y observé que la sangre se le agolpó al rostro cuando se nombró a un quintero, que era el causante inconsciente de todos los males que hacían en extremo difícil y peligrosa nuestra situación.

Mis presentimientos, mis sospechas y desconfianzas pues quedaban plenamente justificadas.

Autor. Antonio Somellera

Sin que tuviéramos tiempo de hacerle una sola pregunta, nuestro protector se retiró prometiendo volver pronto.

Las noticias que Martínez nos daba produjeron en nuestro ánimo la impresión consiguiente. Quedamos por largo tiempo taciturnos y entregados a amargas reflexiones.

Yo dormitaba aún, cuando siento al doctor Fernández, que estaba acostado a mi lado, hacer un violento movimiento acompañado de un grito de sobresalto.

Todos a una le preguntamos qué había pasado, y nos contestó:

— Un horrible animal, parecido a lagartija, pero muy grande, venía hacia mí con ligereza extraordinaria, y me habría seguramente mordido si no lo hubiese asustado con el grito que di.

— Señor, es un lagarto, a juzgar por la descripción que hace usted, y tales animalitos son inofensivos.

Con tal motivo este señor tuvo ocurrencias chistosas que nos hicieron reír de buena gana, alegrándonos al ver que su espíritu se había reanimado.

— Carrasco, es necesario que nosotros los jóvenes nos reanimemos con este ejemplo desechando las penas y tristeza y afrontemos con valor y serenidad las contingencias que nos guarda el porvenir, dije con firmeza y resolución.

— Sí, me contestó, ánimo amigo y declaremos guerra a muerte al feroz tirano que nos obliga a dejar la patria en los albores de la vida.

El resto del día y de la noche lo pasamos sin novedad alguna, y como el hombre es animal de costumbres, nos encontrábamos más resignados con nuestra mala suerte.

XXIV

Al siguiente día, nuestro protector haciendo la seña convenida llegó hasta corta distancia de donde estábamos, montado en su petiso.

Yo que estaba en mangas de camisa me puse el poncho, corrí hacia él después de dar las tres palmadas de orden y recibí en el poncho las provisiones que nos traía que eran más abundantes que las del día anterior, ítem más una botella de vino.

Mientras me las entregaba me dijo que había pasado la noche, como de costumbre, en el pueblito, para no infundir sospechas e informarse de lo que se decía.

— Su amigo Atkinson, agregó, vino ayer como de paseo con un oficial inglés de marina, hizo poner en libertad al paisano que los trajo, a quien habían prendido en la chacra Sáenz Valiente donde fue a parar, porque no tenía pase.

Autor. Antonio Somellera

He conversado con él y me ha encargado les diga que no duden de que pronto cambiará la situación en que se encuentran; que al efecto no descansa y que espera profundamente obtener un éxito completo. Además se sabe que dos mujeres de los Olivos que iban en una carreta declaran que en la noche del domingo vieron a dos hombres a caballo conversando en el callejón de las chacras, lo que ha dado margen a suponer que los perseguidos por Taboada debieron regresar a la ciudad en la misma noche por el camino de abajo, especie que es bueno se generalice para que ordenen el retiro del ayudante de serenos.

Este relato que escuché con el más vivo interés, lo repetí a mis compañeros terminada la comida.

Al llegar a ellos con las provisiones, me recibieron con verdadero júbilo, arrebatándose la comida unos a otros como verdaderos muchachos hambrientos. Esta irregularidad que en nuestra situación excitaba la risa y era recibida por todos con agrado, me sugirió la idea de guardar en el seno uno de los panes.

Cuando les mostré la botella de vino se precipitó sobre mí Benito Carrasco, que era el más humorístico y chacotón de todos los compañeros; y saltando de contento se negaba a darles a probar a nuestros venerables compañeros el coronel Pico y el doctor Fernández, los cuales, siguiendo jovialmente la broma, lo perseguían para arrebatársela.

Terminada esa escena humorística y agradable, devoramos las provisiones, pues teníamos el apetito abierto de par en par. Transmití enseguida a mis compañeros las noticias del día, que escucharon con avidez iniciándose inmediatamente los comentarios de toda especie, alegres y amenos o chistosos cuando tomaban la palabra el doctor o Benito Carrasco, que era el niño travieso, el actor cómico de la compañía.

— Después de todo, qué bien nos vendría fumar un cigarro, dijo Carrasco, cogiendo dos palitos secos que se puso a frotar uno contra otro para conseguir fuego.

Por más que hizo no pudo conseguir su objeto.

— Con un rayo de este sol ardiente a través de un vidrio de espejuelo podría conseguirse, le dije, creyendo que ni remotamente se encontrase el tal vidrio, cuando el coronel Pico sacó de un lío sus espejuelos y pasándomelos me dijo:

Aquí tiene lo que más desea, veremos si consigue su propósito.

Puesto de bruces bajo un rayo de sol que penetraba por una abra del bosque, me puse a la tarea de hacer arder un cigarrillo negro con el auxilio de los vidrios, sin resultado alguno.

La experiencia hecha me hizo comprender que con aquellos vidrios, podía haberme pasado de bruces sin lograr encender el cigarro, per omnia secula seculorum.

Por fin, después de un largo procedimiento conseguí extraer de una de las pistolas del coronel

Pico, unos gramos de pólvora, que froté dentro de un papel, obteniendo por este medio el deseado elemento.

Encendí mi cigarro y con placer inmenso lo saboreé, debido a la circunstancia de que había estado privado de hacerlo durante algunos días.

Mis compañeros se apresuraron a encender cada cual su cigarrillo, incluso el doctor que rara vez fumaba.

Carrasco y yo tratamos de conservar el fuego, por medio de una fogata; pero la observación del doctor de que el humo podía indicar nuestro escondite a cualquier persona que pasase por las cercanías, hizo que renunciásemos a nuestro intento.

Se propuso el medio de conservarlo, fumando por turno. El procedimiento era fácil pero requería cuidado, y sucedió que en el turno de Carrasco perdimos el precioso elemento.

XXV

En el reducido lugar en que estábamos escondidos no había espacio para pasearnos, razón por la cual nos pasábamos la mayor parte del día o sentados o acostados.

A la caída de la tarde de ese día, que creíamos pasarlo en tranquilidad, apercibimos un ruido del lado por donde nuestro protector acostumbraba venir, que indicaba el paso de algún caballo por entre la viznaga seca que en aquel paraje era muy abundante, causándonos esa circunstancia tal alarma que creímos llegado el caso de recoger cuanto teníamos esparcido en el suelo, para ponernos en precipitada fuga y penetrar al bosque que era un verdadero laberinto para nosotros.

Me apercibí de que el ruido cesaba por momentos, y resolví ir a cerciorarme de la causa que lo motivaba.

Con toda cautela me acerqué al paraje de donde partía, y no pude menos que soltar una estrepitosa carcajada, cuando distinguí que la causa de nuestro susto era una vaca.

Volví corriendo a dar aviso a mis camaradas, del hallazgo que había hecho, y decidirlos a tornar al campamento abandonado.

Cuando estábamos cerca ya, el doctor me preguntó:

— ¿Está usted cierto de que es una vaca?

— Sí señor, una sola —contesté.

— Pues eso basta para que algún vaquero venga en su busca y nos vea. Yo no voy si usted no la espanta antes, y la echa fuera de estas inmediaciones —replicó el doctor deteniéndose.

Autor. Antonio Somellera

Carrasco y yo fuimos a espantar al animal arrojándole terrones de tierra, consiguiendo de esa suerte tranquilizar a nuestro cauteloso amigo.

Ese episodio nos proporcionó tela en que cortar por un buen rato, con oportunos chistes sobre la parte de ridículo con que cada cual había contribuido, al disparar como gamos hacia el interior del bosque. El único que conservó su seriedad habitual durante la jarana aquella fue el coronel Pico.

Por fin, vino la noche con su coro fastidioso de millares de insectos a prevenirnos que era llegada la hora de guardar silencio.

A la madrugada del siguiente día, mi compañero de cama, me dijo al despertar:

— ¿Creerá usted que he dormido tan bien que no he extrañado mi mullido lecho?

— No me ha pasado lo mismo a mí, le contesté; pues el vehementísimo deseo que tengo de salir cuanto antes de este bosque sombrío, me quita las ganas de dormir.

Enseguida busqué a Carrasco con la vista y lo vi de espaldas hacia donde yo estaba, buscando algo entre la maciega. Fui a él y le pregunté lo que buscaba.

— En la disparada de ayer perdí un pañuelo de seda blanco con pintas azules, me contestó.

Ahora estoy recogiendo y comiendo el pellejo de las lenguas que comimos ayer, pues tengo hambre.

— Toma, le dije, la mitad de un pan que guardé ayer, por si hoy tardaban en llegar las provisiones.

En ese mismo momento se acercaba a nosotros el doctor Pico, y escondiendo el pan, nos pusimos ambos a comer los pellejos que sacábamos de entre el polvo. Condolido de nosotros ese buen señor, sacó un pan que el día anterior había guardado, dándonos un pedazo a cada uno. Esto me trajo del recuerdo el Lazarillo de Tormes que cuando niño había leído.

XXVI

Ese día vino muy tarde el señor Martínez con las provisiones; pero en cambio nos traía la halagüeña noticia de que esa noche a las ocho nos embarcaríamos. Al efecto debía acercarse a la costa, cuanto fuese posible, una lancha francesa, que debíamos abordar entrando al agua, la cual nos conduciría después a la costa vecina.

A la hora oportuna Martínez vendría para guiarnos. Con tan halagüeña noticia saltábamos de alegría.

Nos pusimos enseguida a almorzar con gran apetito, pues no era para menos después de tantas horas de abstinencia.

Autor. Antonio Somellera

Nos vestimos preparándonos a dejar aquel sitio que nos servía de refugio, al que mirábamos ya con cierto apego y cariño, porque en él nos habíamos salvado de caer en las garras del temible y odioso tirano.

Al anochecer ya estábamos esperando con ansiedad a nuestro protector e íbamos acercándonos maquinalmente a la oculta senda por donde acostumbraba él venir, mudos y casi conteniendo la respiración por el temor de ser sentidos.

Largo tiempo esperamos la venida del señor Martínez, que al fin llegó, reanimando con su presencia nuestros ánimos que empezaban a abatirse por su tardanza.

Llegaba en ropas ligeras, de poncho puesto y de rebenque, haciéndonos señas de que lo siguiéramos.

Nos pusimos en marcha y a poco nos encontrábamos descendiendo la barranca penosamente, pues el descenso se hacía por una estrechísima senda llena de sinuosidades, obstruidas a trechos por matas de pasto fuerte y arbustos espinosos que nos exponían a caídas frecuentes.

Llegamos por fin a unas plantas de pitas que encerraban una plantación de maíz de guinea.

Allí estaba el petiso de nuestro guía. Lo montó y seguimos detrás de él cruzando el maizal.

Llegamos hasta un cerco de altas tunas donde nos detuvimos.

Martínez nos dijo que allí debíamos esperar el momento para nuestro embarque, y abriendo con el cabo de su rebenque a golpes un portillo en el cerco, de tamaño suficiente para dejar pasar un hombre, agregó:

— Ahora es necesario que alguno de ustedes se ponga en avanzada bajo alguno de aquellos espinillos que están próximos a la orilla del río, para que conforme se aviste la embarcación que ha de venir a buscarlos lo avise con mi silbido, para que sin pérdida de tiempo se le incorporen los que quedan aquí y se embarquen todos rápidamente.

— ¿Y cómo sabrán los de la embarcación la dirección en que deben navegar para encontrarnos?
— le pregunté.

— Por una luz que conservaré en mi habitación dejando abierto un postigo de la ventana. Enseguida me dijo que yo era el aparente para estar de avanzada, siendo todos mis compañeros de la misma opinión. Acepté sin vacilar el desempeño de la comisión que se me confiaba, no obstante considerarla aventurada y peligrosa. Inmediatamente corrí a ocupar mi puesto, ocultándome debajo de un frondoso árbol cuyas ramas tocaban el suelo y que distaba como cuadra y media del paraje donde quedaban emboscados mis compañeros.

No tardó en aparecer la luna en el horizonte y en esparcir su luz sobre la superficie de las aguas, permitiéndome abarcar con la mirada un extenso radio, que recorría de continuo con gran avidez

Autor. Antonio Somellera

para descubrir algún punto oscuro que indicase la aparición de la deseada lancha francesa, sin que durante largo tiempo de observación hubiesen descubierto mis ya cansados ojos, otra cosa que el juego mágico de abillantadas aguas que impelidas por una brisa del este llegaba a estrellarse en la escabrosa orilla.

La esperanza de que de un momento a otro divisaría las velas cuadradas que los franceses usaban en sus botes, me hacía soportar inmóvil el entumecimiento de los miembros, cuando de pronto hirió mis oídos el eco lejano del ladrido de perros y un rato después el bufido de caballos que se acercaban.

Dirigí la mirada al negruzco caserón que se alzaba sobre la barranca y no vi luz alguna. Recorriendo luego el terreno con la vista que tenía a la espalda, descubrí que del lado del norte venían cinco jinetes al tranco de los caballos.

No dudé de que fuese la partida que recorría la costa y esperando que se alejasen para emprender mi retirada, vi con sobresalto que se detenían como a observar la costa.

Apenas distaban una cuadra del paraje en que yo estaba agazapado.

Uno de ellos sacó un yesquero, prendió fuego y se pusieron a fumar.

Parece que la verde y mullida alfombra de césped que allí había y el espectáculo hermoso del río bañado por los rayos plateados del astro de la noche, los hubiese incitado a descansar.

Se apearon de sus caballos y unos sentados y otros tendidos de bruces sobre la yerba, se pusieron a conversar en voz baja, pero no tanto que no percibiese yo que la conversación giraba sobre las malas noches que pasaban rondando la costa del río, en toda la extensión correspondiente al partido.

— ¡Allá sale uno del agua!

En el acto todos montaron a caballo y a gran galope tomaron la dirección contraria a la que habían traído, desapareciendo a mi vista por entre los árboles que abundaban en esos parajes.

Tentado estuve de aprovechar ese momento para reunirme con mis compañeros, pero resolví esperar en mi puesto avanzado el resultado de aquel suceso inesperado.

Poco después, volvían conduciendo al sujeto aquel, que era sin duda alguna un hombre vivo, y previsor, pues al pasar por donde pudiese ser oído por mí como encolerizado les decía:

Es inútil que me lleven al juzgado, pues el señor Espeleta sabe que por mi salud me baño a estas horas.

— Muy bien, don Diego, le respondía el que hacía de jefe de la partida, yo sólo cumplo con las órdenes que me da el señor juez; una vez en su presencia, usted se entenderá con él.

¡Estaba visto, la fatalidad nos perseguía con tenacidad tremenda!

Era nuestro protector don Diego Martínez el que había caído en manos de la ronda.

XXVII

No tenía, pues, ya, objeto por esa noche mi permanencia en la proximidad de la ribera, y después de que me convencí por los ladridos de los perros que la partida estaba distante, agazapándome por entre los árboles llegué a donde mis compañeros estaban.

Éstos nada habían sentido de lo que acababa de pasar. El coronel Pico y el doctor Fernández estaban sentados cerca el uno del otro y medio dormidos. Carrasco se había quedado profundamente dormido en una especie de cueva formada a la raíz de las tunas.

En tales condiciones era muy probable que en el caso esperado de la aparición de la lancha francesa que debía salvarnos, no hubiesen oído la señal que les habría dado para reunarnos. Les comuniqué inmediatamente que por esa noche toda esperanza de evasión había concluido, contándoles todo cuanto había pasado. Es necesario, les dije, que sin pérdida de tiempo tomemos una resolución cualquiera, pues antes del día debemos dejar este sitio, aun cuando el señor Martínez no sea detenido, es claro que no volverá por aquí esta noche.

Yo puedo, agregué, llegar a conducirlos por el mismo camino por donde hemos venido a nuestro escondite.

Se resolvió pues, que antes de venir el día regresásemos a nuestra madriguera de la selva, que era un refugio seguro y donde era más que probable que nos buscaría nuestro amigo y protector el señor Martínez.

Ninguno de nosotros se había cuidado de tener arreglado su reloj, e ignorábamos qué hora era.

Cuando nos pusimos en marcha, sentimos el primer canto de los gallos. Era pues la medianoche.

Llegamos al pie de la barranca, la trepamos con la dificultad consiguiente a los ásperos y escabrosos senderos que en numerosos zigzags daban acceso a su cima; de allí cruzamos el maizal y fuimos por fin a dar a nuestro escondite con toda felicidad y acierto.

Una vez en él tendí mi poncho y poniendo de almohada mi chaqueta y tirador me tendí largo a largo a descansar.

Me dormí profundamente y desperté cuando el sol estaba muy alto ya, encontrando a mis compañeros en un estado tal de abatimiento, que me produjo un desconsuelo muy grande.

— ¿Qué comeremos hoy? —dijo el doctor.

Autor. Antonio Somellera

— Goma de árboles, contestó Benito Carrasco, poniéndose a buscarla y desprender lo que encontraba en los troncos.

— Y en tanto árbol como hay aquí, pues estamos en pleno bosque, observé yo ¿no se encontrará alguno con fruta? Creo que sí, y debemos buscarlo, si como es probable, no recibiésemos hoy el socorro diario del señor Martínez.

El coronel siempre grave y resignado no despegaba los labios.

A poco Carrasco volvía con una buena cantidad de goma o resina de árboles en las manos y acercándoseme me dijo:

— Come compañero, y desecha de tu mente este percance que espero será el último.

— Creo que mucho te engañas le contesté.

— Vaya que estás fatalista, replicó, pasando a ofrecer a los otros compañeros la goma que había recogido, y que llevaba en sus manos con tal cuidado como si se tratase de ricos caramelos.

A este amigo querido jamás le faltaba buen humor, excepto cuando se acordaba de su viejo quintero.

XXVIII

El chasco y aventuras de la noche anterior habían quebrado, puede decirse, nuestros ánimos; así es que es día fue el peor de todos.

No podíamos prever el desenlace de la muy precaria situación en que nos hallábamos.

Teníamos en perspectiva el hambre y la sed, si nuestro protector era retenido por las autoridades del pueblito o si por cualquiera otra circunstancia imprevista no volvía a vernos.

En caso tan extremo, era yo el único que estaba en condiciones de ensayar la fuga o la vuelta a la ciudad, merced al disfraz que tenía; pues mis compañeros vestían como de ordinario y no podían aventurarse so pena de ser inmediatamente descubiertos y aprehendidos.

Por fin pasaron ese día y esa noche eternos sin que se mitigase nuestro malestar.

Ninguno de nosotros se atrevía a interrumpir el silencio que minaba.

Estábamos todos bajo el peso de una melancolía profunda.

Empezaba a salir el sol cuando agujoneado por el hambre, Carrasco me convidó a hacer una recorrida por el bosque, en busca de algún árbol para tomar alguna fruta. Al efecto nos internamos

Autor. Antonio Somellera

en el bosque y anduvimos dentro de él por más de una hora sin encontrar la codiciada fruta. De pronto vimos en un árbol un durazno bien maduro, y verlo y trepar a él como un gato mi compañero Carrasco, fue todo uno.

Pero con el sacudimiento, se descargó sobre nosotros una nube de mangangas embravecidas que nos pusieron en precipitada fuga.

Teniendo que defender la cara con las manos íbamos tropezando en los troncos de los árboles y dando tumbos, pues esos malditos bichos nos perseguían tenazmente.

Cuando los compañeros nos vieron llegar, así corriendo, tuvieron un buen susto, que inmediatamente se trocó en risa cuando conocieron la causa de nuestra disparada.

Aquella peripecia contribuyó a que reapareciese entre nosotros algo del buen humor de otras ocasiones.

XXIX

Pasado mediodía, un ruido en el maciegal continuo nos avisó la vuelta de nuestro protector señor Martínez. Salí a su encuentro como de costumbre y nos reunimos a oír las noticias que, según él, nos llenarían de contento.

— Empezando por lo principal, nos dijo el Sr. Martínez, les aseguro que esta noche sin falta dejarán este bosque. Aquí tienen pan, agua y vino; no les traigo otra cosa, porque como ayer me quedé en el pueblito para arreglar la partida, nada pudo prepararme el cocinero. Nos refirió enseguida como dos noches antes, se había malogrado el proyecto de embarque.

He aquí como pasaron las cosas.

Al salir de casa esa noche había dado instrucciones a su mulato de confianza para que en caso de llegar, como llegó, alguna partida a la chacra, cerrase el postigo de la ventana y apagase la luz de su dormitorio, porque en ese caso nada podría hacerse.

Mientras que él había entrado al agua, para caso de divisar la lancha francesa indicar a los de a bordo el paraje en que debíamos embarcarnos, pudo notar que la luz de su dormitorio se había apagado, con lo demás que queda narrado en otro lugar, de que yo fui testigo.

Por las varias noticias que nos dio, supimos que en el canal de San Fernando habían sorprendido, en una carreta, la noche anterior, a cuatro individuos que fugaban, pudiendo escapar dos, siendo uno de estos Antonio Pillado.

Los aprehendidos fueron uno de los Salvadores y un yerno de D. Benito Goyena, que inmediatamente fueron remitidos a la ciudad.

Esto lo supo Martínez estando en el juzgado de Paz y aprovechó la ocasión para decirle al juez:

— Esos han de ser los mismos que eran buscados por aquí.

— No, le contestó el juez, porque una lavandera me ha traído un pañuelo de hilo con el nombre de Juan A. Fernández, encontrado por ella en la costa del río.

Al oír esto el doctor se sorprendió grandemente, y dijo:

— Yo no he perdido ningún pañuelo. Sólo me explico tal hallazgo pensando que mi hijo Julián que hace algunos días emigró, lo hubiese perdido, pero ignoro cuál fue el punto por donde se embarcó.

— Esta noche, continuó diciendo Martínez, vendrán dos sujetos trayendo un caballo del diestro en que montarán dos de Uds. y los otros en ancas. Así pues, deben estar listos al anochecer, para emprender la marcha.

Esos hombres los conducirán a la quinta de Da. Teresa Mazzano, que ha hecho mucho en obsequio de Uds., y que exige por toda recompensa de sus servicios, que así que se embarquen le dejen sus divisas federales.

¡Creo que esa señora era la esposa del presidente de la Sociedad Restauradora!

Nuestro amigo y generoso protector el Sr. Martínez, diciendo que ya no nos veríamos, se despidió de nosotros abrazándonos; y se retiró colmado de nuestras bendiciones y agradecimiento por los grandes e importantes servicios, que con gran riesgo para él, nos había prestado.

XXX

Era el 24 de marzo de 1840 el día fijado para que nuestros sufrimientos de diez días tuvieran término.

La marcha del tiempo era demasiado lenta para nosotros. La noche que debía con sus sombras proteger nuestro traslado al paraje antes indicado no se aproximaba con la premura que convenía a nuestra ansiosa expectativa.

A eso de las nueve se nos presentaron los anunciados sujetos y oí que el mejor montado me llamaba por mi nombre. Me acerco al estribo y reconozco a mi antiguo amigo José María Ochagavía. El otro, a quien no conocía, era el teniente cura llamado D. Andrés, cuyo apellido no recuerdo. Era un hombre joven, de poca estatura, delgado y de una vivacidad notable en sus movimientos, como en su manera de expresarse.

En el acto de llegar nos dijo:

— Señores, sin tardanza, a caballo; en este que ven con recado suban dos y el que guste en ancas del mío.

Ochagavia ya me había ofrecido que montase en ancas de su caballo que parecía superior.

Ayudé a subir al Dr. Fernández en el del cura; el coronel con Carrasco se acomodaron en el caballo aperado. Me tocó a mí montar en ancas del caballo de mi amigo Ochagavia; tomé el estribo y al bolear la pierna derecha el animal dio un corcovo que me impidió montar. Traté de calmar los bríos del fogoso corcel palmeándole el anca y costillar, pero fueron inútiles todos los esfuerzos que hicimos para conseguir montar y me fue necesario renunciar a salir con mis compañeros a quienes pedí que a la noche siguiente mandasen por mí, en caso de que no consiguiesen embarcarse esa misma noche.

— Mañana sin falta vendremos por Ud., me dijeron el cura y Ochagavia al emprender la marcha.

Yo los vi marchar y alejarse a mis compañeros, con angustia indescriptible. Luego que desaparecieron de mi vista me tendí en mi lecho de hojas, solo, en medio de la selva, con mi tristeza.

Una multitud de pensamientos y de recuerdos se agolparon en mi cerebro y me sumieron en meditación profunda.

Experimentaba una ansiedad y un desconsuelo tan grandes que en ciertos momentos era mi situación comparable solamente a la de un reo en capilla próximo a ser ejecutado.

Por fin vino en mi auxilio el sueño bienhechor. Dormí profundamente, despertando con las primeras claridades del día.

Al reconocer con la mirada aquel paraje solitario, donde a veces me parecía sentir la presencia de mis compañeros todavía, vi que había algunos restos del pan que en abundancia habíamos tenido el día anterior. Recogí uno a uno aquellos mendrugos sacándolos de entre el polvo a manera que el mendigo saca de entre la basura su alimento.

Estas migajas, me decía a mí mismo y el medio pan que por precaución guardaba siempre de un día para otro, me satisfarán, si hoy no me llegase el auxilio del señor Martínez, nuestra providencia en aquellos parajes solitarios.

Guardé pues, con un cuidado extremo, aquellos mendrugos.

¡Oh! qué momentos tan amargos aquellos. Se conmueve intensamente mi espíritu al recordarlos. A través del tiempo y del espacio se representan tan vivos y frescos a mi alma todavía que me parece sentir aún todo el peso de su tremenda amargura.

Si largos me habían parecido los días anteriores, el que principiaba lo fue infinitamente más como fácilmente se comprende.

Esperaba la noche con ansiedad inmensa.

El señor Martínez no apareció en todo el día.

Cuando las primeras sombras de la noche principiaban a descender, arreglé mis vestidos, ciñéndome el tirador sobre el odioso chaleco colorado, y puesta la ajada y sucia chaqueta me coloqué el puñal en la cintura; tomé el poncho y el rebenque, me puse de pie y esperé al que debería venir en mi busca y que según mis deseos, no debía tardar en llegar.

Yo me volvía todo oídos para no perder el más leve ruido que por allí cerca se produjese y que pudiera indicarme la aproximación de alguna persona, pero en balde; las horas corrían sin que nada turbase el sepulcral silencio que me rodeaba. ¡Pasaba por la prueba más tremenda!

Mi sufrimiento y la ansiedad de mi espíritu habían llegado a su colmo. Mis fuerzas se habían agotado.

Perdí toda esperanza. Me consideré abandonado, olvidado por mis amigos y compañeros, como un náufrago en la inmensidad del mar.

Mis sentidos flaquearon, me sentí con fiebre, parecía que todo dadas vueltas en derredor mío, y quedé sumido en una especie de letargo.

Pero esta tremenda situación de ánimo no podía durar mucho tiempo sin anonadarme moralmente, por completo; así es que la reacción no debía tardar, como sucedió en efecto.

Como quien saca fuerzas de flaqueza, mi espíritu salió poco a poco de la postración en que se encontraba, y entregándome en brazos del destino, me refugié en el recuerdo de los seres queridos, a quienes hacía muchos días que había dejado y de quienes nada sabía. Este recuerdo fue para mi ánimo, como un rocío del cielo, que lo refrescó y retempló suavemente, haciendo nacer nuevamente en él la dulce luz de la esperanza.

Al mismo tiempo se levantó una fresca y agradable brisa del lado del río que agitó la superficie de las aguas hasta entonces tranquilas. Ese espectáculo me recordó mi pasada vida de marino.

Las nubes que se habían agrupado en el firmamento corrían presurosas a impulso de la brisa que refrescaba cada vez más. El cielo que por más de diez días se había mantenido límpido y sereno, nublose por completo.

El aire fresco que corría me hizo mucho bien y conseguí dormirme.

Al despertarme me persuadí de que no se haría esperar mucho una lluvia que me vendría muy bien para apagar la ardiente sed que sentía, no importándome el no tener techo que me cubriese.

Un momento después empezó a caer una lluvia insignificante en un principio, que fue arreciando hasta tomar las proporciones de un formidable aguacero.

Tuve que hacer un toldo con mi poncho para guarecerme debajo de él.

La lluvia fue de corta duración. El tiempo se compuso enseguida merced a un fuerte viento pampero que lo limpió de nubes, determinando al mismo tiempo un descenso notable de temperatura.

La esperanza que tenía de salir de ese lugar aquella noche hacía que no parase mientes en la circunstancia de no tener paraje seco del suelo donde poder acostarme. Pero llegó y se pasó la noche sin que nadie apareciese por donde yo estalla expuesto, en aquella soledad, a perecer de hambre.

Debe haber sido preso el señor Martínez, pensaba y también mis compañeros de penurias; pues de otra manera algo habría sabido de ellos por algún conducto. Si se han embarcado ya a estas horas les deseo toda suerte de felicidades.

En estas y otras reflexiones pasé esta última noche; y digo última, porque durante ella hice formal resolución de no permanecer en aquella situación más tiempo que el que faltaba para amanecer.

Decidido a regresar a la ciudad a todo trance, conforme vino el día me puse en camino hacia el sendero que conocía, con el objeto de ir a la casa del señor Martínez. Subí la barranca por las consabidas tortuosas sendas que daban penoso acceso a su cima, y una vez allí me dirigí a la casa del expresado señor. Al llegar al edificio reconocí la ventana donde debió estar la luz-señal aquella noche en que infructuosamente había estado en observación.

Con toda cautela a fin de no ser visto, me acerqué a ella y di golpes a los vidrios. El postigo se abrió en el acto y vi asomar al mismo señor Martínez, que al reconocermelo se agarró la cabeza con las dos manos en señal de asombro.

Haciéndome señas con las manos para que retrocediese, se retiró, y un momento después salía a mi encuentro por la pequeña puerta por la cual salimos la primera noche en dirección al monte.

— Mi amigo, le dije: entre morir de hambre y sed y morir degollado, prefiero lo último; y es debido a esta resolución que usted me ve ahora aquí.

Me tomó del brazo y entonces, abrió su cuarto, cerró el postigo, encendió luz y me invitó a recostarme en un sofá. Salió enseguida diciéndome que iba en busca de alimento. Volvió inmediatamente trayendo un resto de pavo, fiambre, pan y vino.

Mientras yo comía, mi amigo me refería los embarazos que le habían impedido absolutamente salir del pueblito para ir en busca mía. Hay allí, me decía, un vecino perverso desde que es miembro de la mazorca, el cual hace días está instigando al Juez de Paz para que me remita preso a la ciudad, como sospechoso. Y gracias a que el señor Espeleta es un excelente sujeto, y que no me faltan allí mis buenos amigos, de lo contrario habría conseguido la realización de sus perversos deseos. Las declaraciones de las mujeres de la carreta aquella, mi aprehensión por la partida cuando salía del río y el hallazgo del pañuelo del Dr. Fernández, le han servido para decir públicamente, que son indicios graves de que el salvaje (como me llama) ha tenido escondidos a

los que desde la Capital vino persiguiendo la partida.

Ya ve pues por qué causas recién anoche pude volver a casa.

— ¿Y qué ha sido de mis compañeros? ¿Se embarcaron o no?

— Anteanoche se fueron a la costa oriental, me contestó. Quién sabe cómo les habrá ido con el viento que cayó poco después de su embarque. Yo no los vi embarcarse.

Luego de satisfecho mi apetito le di las gracias y le manifesté cuánto deseaba dejar de serle inoportuno, a cuyo efecto esperaba me hiciera el último servicio, proporcionándome un caballo para marcharme en ese instante mismo y antes de que saliera el sol.

— Siento no poder satisfacerlo por hoy, me contestó, porque no tengo más caballo que mi petiso conocido en todo el partido; pues lo que ustedes trajeron fue preciso mandarlos fuera de aquí, como medida de precaución. Como hoy es domingo, agregó, tal vez venga alguien y así pueda facilitarle caballo. Entretanto soy de opinión que Ud. descanse en mi cama mientras yo salgo, como de costumbre, a dar unas vueltas por esta casa.

Tenía gran necesidad de dormir y acepté el ofrecimiento, acostándome vestido tal cual estaba.

Dormí profundamente y por muchas horas. Cuando desperté era ya la tarde.

Me levanté, di unos pasos y me encontré otro hombre.

El alimento y el sueño habían restaurado las fuerzas del cuerpo y el espíritu.

Decidí regresar a pie a la ciudad. Era mi plan salir de lo de Martínez al ponerse el sol y llegar a ella a la medianoche, más o menos.

XXXI

Conforme lo había resuelto, a la puesta del sol me despedí de mi protector y amigo, que salió a acompañarme como hasta unas veinte o treinta varas de la casa, gritándome cuando ya estaba yo como a unas cincuenta varas de distancia:

— Dígale que no tengo caballo que prestarle.

Comprendí que esto lo hacía por si alguno de sus peones me hubiese visto salir, y le contesté en igual tono:

— ¡Pierda cuidado, señor!

A poco andar di con un estrecho y largo callejón, por el que emprendí una marcha acelerada hasta llegar al camino de arriba, que me era bien conocido.

Se extinguía ya totalmente la luz del día. Me saqué el sombrero y lo abollé todo cuanto pude a fin de parecer peón carretero a los que en mi mano encontrase.

Debí haber conseguido este propósito, porque no encontré tropiezo alguno en todo el trayecto de mi largo camino; bien que sistemadamente me alejaba, al pasar, de todas las pulperías y ranchos que encontraba, a fin de no llamar la atención, ni ser apercebido por sus moradores.

Recelando la presencia de los serenos, así que llegué a espaldas de la Recoleta, descendí al bajo. En ese momento daban las once en el reloj de la iglesia; pero reflexionando que por allí corría el riesgo de ser detenido por alguna de las partidas a caballo que vigilaban la costa, subí nuevamente la barranca y alejándome del cuartel que había en esas inmediaciones, tomé la calle larga, entrando a la ciudad por la calle de Esmeralda, en la que había en aquel entonces, entre las de Charcas y Santa Fe, un mal jardín conocido con el poco pintoresco nombre de "Teatro de las Botijas". Este barrio era en aquella fecha poco poblado y muy solitario.

Tomando todas las precauciones que la prudencia aconsejaba, llegué hasta la calle central. El temor que en un principio tenía al encuentro de los serenos, desapareció, desde que noté que me dejaban libre el paso sin dificultad.

Una vez que estuve en la bocacalle de San Martín y Cuyo, a media cuadra de mi casa, me detuve a esperar que el guardián nocturno estuviese distante de aquel sitio, y cuando fue oportuno, apresurando el paso llegué y di tres golpes a la puerta. Iba a golpear de nuevo cuando sentí que se abría uno de los balcones, preguntando sorprendida la sirvienta, quién era.

— Yo soy, ¡abra pronto! —le dije.

Un momento después franqueaba la puerta y entraba a mi casa después de dos meses de ausencia de ella.

XXXII

No tardé en escuchar los atronadores gritos de los serenos, que para cantar las doce de la noche, la precedían de esta significativa fórmula: ¡Muera los inmundos, asquerosos salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador!

Esos epítetos o calificativos que dan una idea de lo que era Rosas y su política, si es que puede darse este nombre a sus tiránicos y feroces manejos, tenían un origen hoy poco conocido.

En un principio sólo se decía "mueran los unitarios"; pero habiendo gritado el jefe político D. Luis Lamas, en 1837 en la plaza de Montevideo, "muera el salvaje Rosas" con motivo de la declaración de guerra; éste agregó el calificativo de salvajes, diciéndose desde entonces "mueran los salvajes unitarios".

Los otros dos calificativos de inmundos y asquerosos tienen el origen siguiente.

En 1839 se interceptó y publicó en "La Gaceta Mercantil" una carta del general D. Matías Irigoyen a D. Miguel Marín, emigrado en Montevideo, en que le recomendaba al hijo, y entre otras cosas le decía: "Hago salir a mi hijo de esta inmundas y asquerosas tierras, que ni porvenir tiene". De ahí la agregación de los dos adjetivos que quedan subrayados.

Lo de inmundos y asquerosos, Rosas lo hacía entender a sus esbirros y secuaces al pie de la letra, autorizando la matanza de millares de indefensos ciudadanos. Todo unitario era para Rosas y los suyos, no sólo salvaje, sino también inmundo y asqueroso, y por consecuencia estaba fuera de las leyes.

Necesitando despojarme de aquel odioso disfraz que por espacio de dieciséis días había llevado, llegué a mi solitario dormitorio, y mirándome en un espejo, no me reconocí. Estaba flaco, tostado por el sol y sucio. Entonces me di cuenta por qué los serenos a pesar de alumbrarme el rostro con su linterna me dejaban pasar sin dificultad. Era que tenía el tipo y las trazas de un perfecto mazorquero; parecía uno de aquellos hombres cuya presencia causaba miedo y a cuya proximidad las cabezas no están seguras sobre los hombros.

XXXIII

Me bastó participar a mi distinguido y servicial amigo Atkinson mi regreso a la ciudad y deseo persistente de realizar mi propósito de emigrar, para que la mañana del 2 de abril, fuese prevenido de que de siete y media a ocho de esa noche, sin falta, un amigo de entrambos me buscaría en mi casa para acompañarme hasta el punto en que, en compañía del Gral. Paz, el Dr. José Barros Pazos y dos hermanos Romero, deberíamos embarcarnos de modo de lograr una evasión segura. Pocas horas después recibía nuevo aviso de que todo quedaba postergado para la noche siguiente. Esta postergación me causó una viva contrariedad, agolpándose en mi memoria todos los contratiempos y penurias de los días anteriores.

Como a las siete y media de la noche del día, tuve la satisfacción de recibir al distinguido comerciante D. Samuel Halle, con el que desde hacia tiempo cultivaba amistad.

— He venido con alguna anticipación, me dijo, para que de aquí podamos salir exactamente a la hora convenida, pues tenemos que andar algunas cuadras.

— Tome usted asiento, señor, mientras yo voy a tomar mi poncho y tirador para ponerme a sus órdenes.

— ¡Cómo! ¿Pues qué, piensa llevar esas cosas a más del chaleco colorado que tiene puesto? Para que yo lo acompañe es necesario que usted vista como ha tenido costumbre hacerlo, sin cosas coloradas, de modo que parezca tan extranjero como yo.

Autor. Antonio Somellera

Mientras dejaba mi disfraz de paisano, encargué a mi sirvienta (pues de mi esposa me había despedido ya y se había marchado a lo de su padre) que me hiciese con cinta negra y un pequeño botón de ancla, una cucarda igual a la que traía el señor Halle.

En cinco minutos quedé vestido de frac color pasa, chaleco verde a cuadros, guantes de cabritilla claros y bastón de jacarandá.

Salimos inmediatamente, doblando por la calle de Florida y tomando la acera del lado del oeste. Al pasar por la casa de la señora madre de Barros Pazos, situada entre Cuyo y Cangallo, encontramos en la puerta de dicha casa a mi amigo Atkinson, que al pasar, me dijo al oído: "ya los sigo".

Con paso mesurado, como a quien no le preocupa asunto ni negocio alguno de urgencia, seguimos nuestro camino hasta doblar por la calle de Piedad, y tomando enseguida la de San Martín hasta la esquina de la Catedral, cruzamos la plaza de la Victoria, para tomar después la calle de Reconquista, hoy Defensa.

En todo el trayecto que llevábamos recorrido no habíamos encontrado media docena de personas transitando por las calles. Solo al enfrentar la Policía vimos algunos celadores o agentes inmediatos a la puerta.

Las únicas puertas que no estaban cerradas en aquellas inmediaciones eran la de la Policía, la de la Cárcel y una de una tienda de la Recova Vieja.

El cielo estaba nublado, y no pudiendo brillar la luna por esta causa, la ciudad estaba envuelta en una lóbreguez completa.

Parecía increíble que Buenos Aires, la ciudad tan alegre y bulliciosa de otros tiempos, ofreciese en las primeras horas de la noche el aspecto de una ciudad desierta, rodeada de un silencio sepulcral.

Al llegar a la calle de Méjico tomamos por la acera del cuartel de Restauradores que ocupaba el antiguo y extinguido hospital de Belemitas, donde hoy se ostenta el edificio de la Casa de Moneda y nos dirigimos hacia el río. Al llegar a pasar por entre un grupo de esos que llamaban soldados, todos negros viejos que ni para la pasiva servían, mi estimable conductor me dirigió algunas palabras en inglés, y entonces uno de ellos dijo a los otros:

— Compañeros, ¿se han fijado que ahora no se ven sino gringos?

Tenía que ver la clase de uniformes que llevaban aquellos infelices andrajosos soldados: los unos usaban gorras de manga, otros tenían sombreros inmundos y ya sin forma, y otros iban con bonetes de lana: con chaquetas los unos, con poncho y chiripá los otros; sin calzones los más, con ellos hechos jirones los menos: los que no estaban descalzos llevaban ojotas o tamangos de cuero crudo.

Lo que no faltaba a ninguno de esos soldados del famoso cuartel de Restauradores, era el corraje blanco y cartuchera con bayoneta de la infantería.

Todos ellos eran unos insolentes y estaban infatuados a grado de considerarse cada uno de ellos igual a D. Juan Manuel, por el hecho de titularse éste Restaurador.

Como muchos de ellos habían servido en los ejércitos patriotas de la guerra de la Independencia, miraban con menosprecio al jefe del cuerpo D. Agustín Ravelo, a quien llamaban simplemente D. Agustín.

Llegamos a la plaza de los Andes, dando tropezones continuos, debido a la oscuridad y mal estado de las veredas. Allí mi acompañante me manifestó que en breve íbamos a separarnos. Se acercó al portón de la barraca de los señores Justo y dio tres golpes muy despacio a una pequeña puerta que el portón tenía, la cual fue abierta inmediatamente por el mismo señor D. Francisco. Entramos. Enseguida me despedí del señor Halle que me encargó que así que estuviese en terreno seguro se lo comunicase.

XXXIV

Entrando esa gran barraca, a la derecha se encontraba un escritorio y otras varias piezas y enseguida los almacenes. Al lado izquierdo, grandes galpones donde había varias pilas de cueros; en medio del gran patio, la balanza de cabría en que se pesaba ese artículo de exportación.

El dueño de casa me condujo e invitó a entrar a un cuarto oscuro, como todo lo demás del establecimiento; pero como notase que en él había varias personas que fumaban, me excuse diciéndole que prefería quedarme afuera hasta tanto llegasen mis compañeros, que no debían tardar.

Inmediatamente mi acompañante volvió hacia el portón y se colocó al lado de la pequeña puerta por donde habíamos entrado.

No habían pasado dos minutos cuando abrió la puerta y entraron dos hombres. Me acerqué a ellos y me convencí que no era ninguno de los que esperaba.

Los condujo a la pieza donde yo no había querido entrar.

Enseguida se abrió nuevamente la puerta y un hombre entró: me acerco a él y reconozco al General Paz. Lo tomo del brazo, lo separo unos pocos pasos llevándolo hacia las pilas de cueros y le pregunto por Barros.

No debe tardar en llegar, me contestó, según me lo ha manifestado el señor Atkinson al dejarme en este momento aquí.

Preguntome a su vez si ya habían llegado dos sujetos que deberían acompañarlos.

— Hace un momento que llegaron dos, que se hallan en aquel cuarto, donde ya había, cuando yo llegué, cuatro o más, según pude notar por los cigarrillos encendidos que vi.

Autor. Antonio Somellera

En ese instante volvió a abrirse la puerta, y vimos entrar otras dos personas más sin que apareciese Barros.

Con ese motivo, el General me preguntó si yo tenía pistolas y como le contestase que no, sacó una del bolsillo que me la ofreció diciéndome: "A estos actos debe traerse armas".

—Gracias, le dije, yo traigo puñal, arma que juzgo más conveniente porque no hace ruido.

— ¡Puñal! bien está, dijo volviendo a guardar la pistola. Si algún siniestro nos sobreviniese, agregó, cosa que no temo por la honorabilidad de los dueños de casa, usted podrá evadirse por entre estas pilas de cueros.

En ese mismo momento volvía a abrirse la puerta para dar paso a un hombre, en quien al fin reconocí a nuestro compañero y amigo Barros.

— ¿Y el General llegó ya?, fue el saludo que dirigió ese antiguo y estimado amigo, con quien no nos veíamos hacía algunos meses.

Contestele afirmativamente y lo conduje adonde estaba el General, que le hizo la misma pregunta que a mí me había hecho.

Como Barros le contestase negativamente, le dio una pistola que éste guardó.

Enseguida nos encaminamos ambos al fondo del corralón donde le mostré la puerta que daba al río.

De regreso, Barros fue a hablar algo al General y luego me llamó para decirme que no debíamos nombrarnos, llamándonos compañeros solamente.

El General nos dijo:

— Entiendan ustedes que deseo me guarden la incógnita: ni me conocen, ni yo a ustedes.

— Así quedó convenido.

Después de Barros, llegaron dos o tres individuos más. Éste fue a ver si conocía a alguno de ellos. Aprovechando esa circunstancia, el General me dijo:

— ¿Sabe usted a qué vino donde yo estaba, el doctor Barros hace un momento?

— No lo sé señor.

— Pues a preguntarme si tenía la compañera de la pistola que le había dado, y como le dijese que sí, me la ha devuelto. ¡Cosas propias de un doctor!

El General en sus Memorias Póstumas, al referir su fuga del 3 de abril de 1840, hace mención de

Autor. Antonio Somellera

este incidente de las pistolas, con cierta reticencia que da a entender la verdadera interpretación que podía dársele.

No obstante esto, parece que Barros al proceder así, lo hacía en virtud de lo que pocos momentos antes se había convenido.

Por lo demás, nuestra ansiedad por dejar aquella situación, crecía por instantes. Por fin vimos que de la pieza adonde no habíamos querido entrar, salían en tropel unos diez o más hombres.

En el mismo acto, el señor Justo dirigiéndose hacia donde estábamos nos invitó a tomar de las habitaciones nuestros atados, abriendo al efecto la puerta de una pieza alumbrada escasamente por una vela, donde cada cual entró a tomar lo que para el viaje había mandado el día anterior.

Mi atado sólo contenía una muda de ropa interior. El del General era bastante abultado. Barros nada tenía que recoger.

En aquel cuarto, mientras tomábamos nuestras pertenencias, tratábamos de reconocernos.

Pude ver que los once sujetos que allí había, los que no eran amigos míos, eran conocidos, y así lo hice saber a mis compañeros para infundirles confianza.

Tuve la satisfacción de abrazar a algunos antiguos amigos, entre ellos a José Sebastiani, a quien creía fuera del país, llamándome la atención lo largo de sus barbas: era que en todo el tiempo que había estado oculto no se había afeitado.

XXXV

El señor Justo acompañado de un hombre alto y fornido nos condujo a todos, que éramos en total catorce, al fondo del inmenso patio de la barraca, mostrándome la puerta por donde debíamos salir.

Entonces el General, recordando que yo había sido militar, con tono de mando me ordenó que formase ese grupo de dos en fondo, para que la marcha se efectuase en orden, agregando que pusiese a la cabeza a los que tuviesen armas.

Como Sebastiani llevaba la misma arma que yo, formé con él la primera hilera que debía romper la marcha. El general venía enseguida con Barros.

La puerta por donde íbamos a salir estaba como a vara y media de elevación sobre el piso exterior con el objeto de que atracando a ella los carros o carretas, se hiciera más cómoda la operación de cargarlos. Previne esta circunstancia a los que me seguían, para que se dejaran caer con cuidado desde aquella altura; pero a pesar de esto, algunos a quienes los que los precedían no advirtieron, cayeron, produciéndose por ende un desorden en la marcha.

Autor. Antonio Somellera

Reorganizada la formación, teniendo a mi lado al patrón de la lancha en que íbamos a emigrar, para que guiase la marcha, llegamos a las toscas de la ribera. Estas que estaban empapadas con agua con jabón, hacían imposible una marcha ordenada, así como también los numerosos pozos de lavanderas que por allí había.

Luego que entramos a la playa, los de retaguardia que no tenían armas, ya no se conformaron con el puesto que se les había dado, sin duda por temor de que si apareciese alguna partida de las que vigilaban la costa, daría primero con ellos; y apresurando el paso trataban de tomar la delantera. De este modo, no sólo se perdía la formación sino que también se producía un tropel y bastante ruido, que podían sentirlo a regular distancia, cuando en el apuro pasaban a la carrera las lagunitas que quedan en la playa al retirarse las aguas.

Así, en ese desorden, entramos al río, siguiendo al guía que nos condujo hasta donde a él le daba el agua al pecho, haciéndose alto entonces.

El general había enganchado a su bastón su atado y lo tenía al hombro para que no se le mojase, cosa que yo imité.

Allí esperamos, buscando con la mirada ansiosa algún bulto, alguna sombra que nos indicase ser la lancha que debía recibimos a su bordo. La embarcación tenía que ser de buen porte dado el número de personas que debía conducir.

Esa ansiosa expectativa duró como una hora cuando al fin el patrón nos dijo señalando hacia nuestra derecha.

— ¡Allí esta!

Y siguiéndolo, llegué hasta ella: allí el agua me daba al cuello.

Cuál no fue mi sorpresa, cuando me cercioré de que la embarcación que se acercaba a botador, y que debía conducir tanta gente era una ballenera que apenas podía medir cinco toneladas de registro.

Con no poco trabajo por la hondura del agua y pesadez de nuestras ropas mojadas, subimos a ella ayudados por dos marineros que la tripulaban, además del patrón.

Una vez a bordo todos, nos encontramos con que la lancha había varado, y fue necesario que el patrón, don Felipe Malmierca y dos o tres más se echasen nuevamente al agua y la empujasen hasta ponerla a flote.

Los costados de esa pequeña embarcación, totalmente cargada de bolsas de galletas, con más los diecisiete hombres que algo pesábamos, no se destacaba de la superficie de las aguas más de media cuarta; siendo en tales condiciones sumamente expuesto irse a pique si el río llegaba a encrespase de un momento a otro, lo que era de temer, dado el estado en que estaba el tiempo.

XXXVI

A impulso de dos botadores navegamos hasta llegar al fondo de balizas, donde sintiéndose una ligera brisa, el patrón ordenó se izase la vela. Pero como el viento fue fugaz, no durando sino cinco o seis minutos por suerte nuestra, se arrió la vela para sustituirla por remos. Estos no dieron ni podían dar resultado en razón de que los catorce pasajeros que íbamos ocupábamos toda la cubierta de la ballenera, impidiendo la libre acción de los remeros, a quienes el patrón les exigía que dieran larga bogada para poder arrancar.

El General Paz, Barros y yo habíamos tomado posiciones cerca del palo que permanecía arbolado, por si venía viento. A mí me era conveniente ese punto, para observar el juego del agua. Conociendo que no adelantábamos camino, me saque las botas mojadas, con grandes esfuerzos, para poder andar con seguridad por sobre la carga, y me dirigí a popa para observarle al patrón, que no viéndose luces en tierra, no se podía conocer el rumbo que llevábamos, circunstancia que hacía necesario, que con la debida precaución y ocultándola, prendiese luz, para poder conocer por la aguja de marcar, donde nos encontrábamos con relación a la ciudad.

Algo más que sorprendido, estupefacto me quedé, cuando me contestó que ni una ni otra cosa tenía a bordo.

Sepa Ud. —le dije— que mi oficio ha sido la navegación y puedo en esta difícil situación en que nos encontramos, ayudarlo eficazmente para que nos salvemos. Desde ahora le aconsejo que mande retirar los remos y naveguemos a botador.

El pobre hombre estaba visiblemente atribulado por el descuido que había sufrido, y fue por ello que le hice mi ofrecimiento y traté de inspirarle confianza, a fin de que no se desanimase; pues era necesario superar aquella falta.

Una vez puesto por obra mi consejo, tomé el bichero, para con él reconocer el fondo, y encontré que nos hallábamos en menos agua que poco antes, y que lentamente a la ronza hacíamos un camino incierto.

De pronto, surgieron exclamaciones de alegría, de hacia popa, y corría, indagar la causa.

Vi que el patrón haciendo saltar con el lomo de su cuchillo el gollete de tres garrafas de ginebra brindaba con ellas a sus pasajeros que todos o casi todos, por el largo tiempo que habían permanecido con las ropas empapadas, estaban achuchados. El que menos experimentaba la influencia de la mojadura era yo, por la movilidad que me había impuesto.

Después de tomar un trago, pasé una de las garrafas al General para que participasen los demás que estaban cerca de el.

El más joven de los que íbamos, se negaba a probar ese tónico por estar mareado. Este no era otro que el hoy general don José María Bustillos. En cambio, otros lo saboreaban con demasiada frecuencia y vaciadas las garrafas que reservaron los de popa, me reclamaron la que yo había

tomado para los demás compañeros; y como el reclamo lo hiciesen con imprudente insistencia, procedí a buscarla para entregarla a los gritones.

La encontré en poder del General que se estaba dando friegas en las piernas con ese líquido.

Al entregármela sacó del bolsillo de la levita un frasco largo de aquellos de agua de colonia, lleno de aguardiente, diciéndome:

— Tome, compañero, para que se reponga lo que he gastado.

— Guárdelo para otra ocasión, le contesté, pasando a mi amigo Tomás Bahillo, la garrafa que estaba de líquido sólo hasta la mitad.

XXXVII

El tiempo continuaba en completa calma.

Una densa oscuridad nos rodeaba por todas partes. Ni una luz que pudiera orientarnos.

Estábamos amenazados de una tempestad, o cuando menos, de un viento fresco que nos pondría en inminente peligro de zozobrar sobre la costa, cayendo en poder de Rosas aquellos que no pudiesen ahogados.

El trance era duro, en verdad; la situación, penosísima.

Desde nuestra salida de la barraca, parecía que la Providencia nos protegía y velaba sobre nuestras cabezas, librándonos de los peligros.

Entre perecer ahogado en las aguas del Plata o perder la vida a manos de un degollador, era para mí preferible lo primero, y por eso me afanaba por llegar a todo trance al agua profunda del canal interior.

Yo continuaba el reconocimiento con la sonda, hasta que di con fondo blando.

Los marineros que trabajaban con los botadores lo hacían a duras penas, pues la cubierta de la embarcación estaba totalmente obstruida por los pasajeros y la carga.

Mediante la operación de dejar por un rato la sonda en el punto en que tocaba el fondo, pude conocer que resbalábamos muy despacio, con rumbo al norte.

Cerciorado del rumbo a que teníamos la proa y en la seguridad de que por fin habíamos dejado la playa en que por tanto tiempo anduvimos vagando, fui a avisárselo al patrón que permanecía siempre a popa, y entonces tuve ocasión de conocer que era uno de los que más libaciones había hecho a Baco. Estaba medio dormido.

Autor. Antonio Somellera

— Ahora ya puede hacer alguna maniobra que dé resultado para la navegación, le dije, como por ejemplo alijar alguna parte de la carga, por si nos cae viento fresco.

La carga no se echa al agua, me contestó: está despachada para las Bacas y allí la tengo que entregar.

Viendo que ese hombre se encontraba más dormido que despierto, me retiré a sentarme un rato con mis compañeros.

— ¿Qué tal vamos, amigo? me preguntó el General, así que tomé asiento entre él y Barros.

— Ahora estamos en mejor situación que antes, le contesté: estamos bastante alejados de tierra.

— ¿Y no se podría hacer algo para que la embarcación marchase más ligero?

— Usted comprende que como no hay viento la vela no puede funcionar, y debido a la obstrucción producida sobre cubierta por la carga y tantos que somos a bordo, poco o nada puede hacerse con los remos. Además los marineros que manejan el botador, están bastante fatigados ya. Así pues, tendremos que conformarnos con la marcha lenta que llevamos.

Dicho esto volví hacia la proa a tomar la sonda, con la cual pude cerciorarme de que no habíamos perdido el canal y notar que aumentaba la velocidad con que caíamos al norte. Esta circunstancia me tranquilizó grandemente, porque en caso de que cayese viento del sur o sudeste, nos permitiría correrlo, sin riesgo de ir sobre la costa terrible de la ciudad. Lleno de contento fui a participar a mis amigos que ya estábamos libres de caer en poder de los mazorqueros.

Bahillo, que como agrimensor sabía apreciar la importancia de conocer el rumbo, pidió al patrón que mirase la brújula, y supo entonces que, careciendo de ella, estábamos poco menos que perdidos. Increpole con dureza su descuido e impuso a los demás compañeros de la difícil situación en que estábamos y que yo había silenciado por prudencia.

Con tal motivo, algunos empezaron a exigir al patrón que si no podía llevarnos a las Bacas nos condujese a la Colonia: otros pedían que a las islas y otros a los buques bloqueadores. Estas exigencias se hacían por algunos con gritos, amenazas y palabras descompuestas, efecto de la malhadada bebida de que habían abusado.

Viendo la necesidad de contener el desorden que se iniciaba, les pedí en alta voz que guardasen moderación y estuviesen seguros que conforme se despejase el tiempo, habíamos de llegar a puerto de salvación.

Mejor habría sido no decirles semejante cosa, pues se desataron en gritos de ¡muera Rosas! y ¡viva la libertad! no faltando el canto de "Bravos hijos de Mayo glorioso", versos que nos había hecho conocer el periódico "El Grito Argentino".

Autor. Antonio Somellera

En vano fue decirles que esas voces podían ser oídas por los que en el lanchón "Manuelita" salían por la noche a recorrer la costa, y ponerse en persecución nuestra, lo cual si sucedía tendría que sernos fatal. El canto y las vivas y mueras seguían.

Barros me llamó con instancia y me pidió lo mismo que el General que influyese invocando mi título de amigo de todos los que iban a bordo, para que el orden fuese establecido: agregando el General, que de lo contrario era necesario echar una docena al agua para no perecer todos (textual).

— Mis amigos, les dije entonces, suplico a ustedes que en obsequio a la amistad que me dispensan, guarden silencio para que los tripulantes que dirigen esta difícil navegación no pierdan la serenidad y la atención constante que demanda, para que ella tenga el buen éxito que tanto nos interesa.

Esta invocación a la amistad no produjo resultado. Entonces, agregué: —hagan lo que les pido por respeto a un señor General que viene con nosotros.

— Qué General ni qué niño muerto... Aquí todos somos generales, contestaron. ¡Viva Lavalle!
—gritó uno con quien nos conocíamos de vista.

Con semejante soberano chasco me retiré disgustado al lado de mis compañeros a quienes hice presente que eran los vapores del alcohol los que originaban ese escandaloso proceder; pues que eran todas personas educadas. Los gritones imprudentes eran los hermanos Cantilo, los dos Romero, Malmierca, padre e hijo, Sebastiani, Pirán, Alcázaga y demás que antes he nombrado.

El General insistió todavía en que perseverase en poner orden, haciéndolo con tono de mando.

En el ademán y actitud autoritaria que asumió en esos momentos, se me representó el mismo hombre que yo había conocido por vez primera a fines de diciembre de 1828, cuando fui a ponerme a sus órdenes en la falda del Cerro de Montevideo, para conducirlo en mi bote a bordo del bergantín "General Rondeau" que fue uno de los buques en que fue embarcada para venir a Buenos Aires la 2a. División del Ejército Nacional.

Para mejor expedirme y obtener el resultado que deseaba, me creía autorizado a no guardar la incógnita del General, y dirigiéndome a los bulliciosos les dije:

— Señores; les pido moderación por respeto al General Paz, que está entre nosotros.

No bien había terminado, cuando el más gritón me respondió: —¿Qué ha de venir ese General boleado que está a sueldo de Rosas!

En ese mismo momento vino a mi encuentro uno de los marineros, para advertirme que por nuestro costado de babor se veía un bulto negro que parecía acercárenos.

— Amigos, dije entonces, lo que tengan armas estén prontos por si un bulto negro que se ve fuese embarcación enemiga.

Autor. Antonio Somellera

Feliz incidente aquel, que vino no solamente a restablecer el silencio, sino también a persuadirnos un momento después que no era otra cosa que la gran boya cónica construida de duelas y machos de fierro, que demarcaba el paraje donde se hallaban los restos del casco de la corbeta "25 de Mayo", que quedó inutilizada en el combate del 30 de julio de 1826 yéndose a pique en balizas interiores frente al Retiro.

Era visto que el agua que crecía nos llevaba hacia el norte, pasando nuestra embarcación al este de esta baliza.

Mediante esta circunstancia se pudo fijar el paraje en que nos encontrábamos y el rumbo que llevábamos; todo lo cual hice conocer inmediatamente a todos los compañeros para que estuvieran tranquilos.

Fue entonces que algunos propusieron que yo dirigiese la navegación, apoyando esa idea mis dos compañeros el doctor Barros Pazos y el General Paz, a quienes no había querido acercarme después de aquellas desagradables palabras dichas respecto de este último, cuando invoqué su nombre.

Mi declaración de que entre nosotros se encontraba el General Paz no había sido creída.

Previa la promesa de parte de los tripulantes de obedecer cuanto yo mandase, acepté las serias responsabilidades de semejante cargo, y al hacerlo contaba con el concurso de todos, recomendándoles que guardasen el mayor silencio para no distraer a los hombres que estaban al servicio de aquella embarcación, que carecía de todo elemento para hacer en medio de aquella gran calma y oscuridad la marcha y dirección convenientes para alcanzar a ponernos en seguridad.³

Mandé que el patrón que hasta entonces no había hecho trabajo alguno, relevase a uno de los marineros en el manejo del botador, recomendándole el esfuerzo uniforme a efecto de que la ballenera no hiciese guiñadas y perdiésemos la buena dirección porque el andar lento que llevábamos hacía nula la acción del timón y no necesitábamos de él en consecuencia.

A la vez yo con el bichero de cerca de la proa seguía observando la profundidad del fondo.

Por espacio de media hora toqué fondo duro con disminución de profundidad, circunstancia que me cercioró de que nos encontrábamos sobre el banco que separa las balizas del canal exterior.

Esto me llenó de satisfacción, porque entre nosotros y el enemigo se interponía una buena distancia que calculé en milla y media. Esperaba que en pocos minutos más acabaríamos de cortar el banco, como en efecto sucedió, cayendo al gran canal en momentos en que se manifestaba el próximo cambio de marea, lo cual se notaba en lo débilmente que corría el agua de afuera.

Creía un deber de mi parte comunicar la buena nueva a mis compañeros todos. Al efecto fui cerca de donde estaba el General y Barros y en alta voz les dije:

— Al fin nos hallamos libres de caer en manos del tirano. Este enemigo está vencido, pues; pero nos amenaza todavía el de los terribles elementos; más confío en que la Providencia nos ha de

proteger y llegaremos a ponernos a salvo antes de que descargue el mal tiempo que está amenazando hace tantas horas.

— ¿Y a qué punto podremos llegar?, me interrogaron varios.

— A algunos de los buques bloqueadores, les contesté, pues que sin viento, aun cuando tuviésemos cómo hacer una derrota segura a algún puerto de la costa Oriental, no podríamos llegar a ella. No así a los buques bloqueadores, a los cuales podemos llegar, impelidos por la corriente de la bajante que no tardará en manifestarse.

Así, pues, amigos míos, pueden estar tranquilos, pues espero que antes de dos horas estaremos en buen refugio, si no nos toma una tormenta. Si desgraciadamente esto sucediera, voy a prevenirme para conjurarla.

Enseguida volví a mi puesto a sondar, encontrando que estábamos en más de dos brazas de agua y que la bajante se había pronunciado ya, e íbamos de ronza en sentido de seguir la misma dirección del canal al sur.

Ordené al patrón que tuviese clara el ancla y cadena por si hubiere necesidad de aguantarnos al ancla. Cumplidas que fueron mis órdenes, monté en la roda de la embarcación, y con los pies en el agua, con la fuerza de vista y con la avidez con que un náufrago busca divisar una vela salvadora, procuraba descubrir alguno de los buques fondeados en esa rada; pues necesitaba ver alguno para conocer si la corriente nos conducía más al este o más al oeste de la línea que guardaban en sus fondeaderos.

El llevar los pies en el agua tenía por objeto conocer por el juego de ellos si sólo íbamos a son de camalotes o avanzábamos algo.

Me excusaba acercarme a alguno de los prófugos porque no me importunasen con preguntas a que difícil era contestar pacientemente.

Mucho tiempo hacía que permanecía en esa observación, cuando pude distinguir confusamente primero y claro después los palos del bergantín de guerra de S.M.B. el "Alcione" y que nos acercábamos a él con más rapidez de lo que creía.

A poca distancia ya de su amura de babor, el centinela del castillete de proa nos hizo la pregunta de estilo: ¿qué bote es?

Contesté que veníamos de tierra.

Algunos pretendieron que nos refugiásemos en él.

En mi cartera tenía una tarjeta de Atkinson que me había dado para un teniente de ese buque, por si tuviese necesidad de ella.

Poco nos habíamos alejado del "Alcione" cuando noté que izaba al tope del trinquete dos faroles. No atinaba a quién hacía señal.

XXXVIII

Removiendo unas bolsas de la estiba, conseguimos hacer lugar para que los remos funcionasen una boga corta de lancha, y se retiraron los largos y pesados botadores con los que poco se conseguía ya, por mucha hondura y gran cantidad de fango.

Seguíamos andando hacia donde creíamos encontrar los buques franceses.

La densidad de la atmósfera parecía haber disminuido porque a buena distancia todavía de la corbeta bloqueadora, que sabía que se hallaba más al norte que la fragata divisé un casco y aparejo distintamente, demorándonos algo al este por lo cual ordené que bogasen con más vigor para ir seguros a abordar a la fragata o gabarra "Almeun" que tenía a su bordo al jefe del bloqueo, cuyo nombre nunca me preocupé de conocer.

Esa noche el estado del tiempo era imponente e inminente el peligro de que se desatase un fuerte temporal.

Tuve la suerte desde que tomé la dirección de la navegación, que el silencio y el orden se restablecieron a bordo. Todos los barulleros se quedaron profundamente dormidos bajo la influencia de los vapores alcohólicos.

Serían próximamente las dos de la mañana cuando conseguí atracar a la fragata, con toda felicidad, por el costado de babor.

Ese gran buque se encontraba al ancla en los veintiún pies de profundidad en la rada exterior.

Un momento después la larga escalera de cuerda quedaba alumbrada por cuatro guarda manceba con faroles, y subían por ella los catorce prófugos, guardando gran silencio y agarrándose fuertemente para no caer, pues era la primera vez que ascendían por una escalera semejante.

La elevación era considerable e imponente.

Fui yo el último que dejó la débil barquilla.

Cuando llegué a reunirme a mis compañeros sobre cubierta enseguida se nos condujo a la batería del entrepunte, que estaba escasamente alumbrada con las luces de ordenanza. No bien había llegado a ella, cuando el patrón de la ballenera desde la boca-escotilla me hizo saber que la embarcación y carga habían sido declaradas como apresadas.

Llamé a Barros y ambos fuimos a cerciorarnos de tan extraña resolución, y como el oficial nos dijese que era orden del segundo, pedimos hablar con él, quien nos dijo que el jefe del bloqueo

procedía con arreglo a las instrucciones del almirante que estaba en el puerto de Montevideo.

Es excusado decir que abundamos en todo género de argumentos para defender al pobre patrón que acababa de ejercer un acto humanitario proporcionándonos el medio de evadimos de las garras del tirano que con sus hechos salvajes había determinado a Francia a aliarse con el partido que combatía a la tiranía en el Plata.

Conseguimos solamente que la ballenera quedara libre, pero no la carga que ya había sido puesta a bordo de la fragata.

Tuvimos que hacer nuevos y más vigorosos esfuerzos para conseguir que ese oficial, a pesar de la hora que era, fuese a poner en conocimiento del jefe las causas excepcionales que ponían a esa embarcación y a su carga fuera de las condiciones, las que violaban el bloqueo con fines comerciales.

El jefe dispuso que se accediese a nuestro pedido.

Mientras se trasladaba nuevamente la carga a la embarcación, escribí, puesto de bruces sobre la cubierta y a la luz de un farol que un marinero tenía, unas cuantas líneas al señor don Samuel Hale, avisándole nuestro feliz arribo a los buques bloqueadores, lo cual importaba dar el mismo aviso a mi esposa y a las familias de los demás prófugos.

Entregué la carta al patrón recomendándole que dijese que se volvía por la falta de viento y por temor de ser apresado por alguna lancha francesa.

Volví a reunirme con los compañeros que estaban tendidos en el toldo que por cama se nos había puesto. Barros principió a contar el suceso del apresamiento y soltura de la ballenera, pero acercándosele un centinela le impuso silencio, cosa que no agradó a algunos, pero que habiéndoles dicho que sobre nuestras cabezas dormía en armas la tripulación, consideraron razonable la consigna que el centinela acababa de cumplir.

Yo no encontré un lugar que me cuadrara y con doble intención volví a cubierta y entablé conversación con el oficial de guardia, haciéndole saber que había servido en otra época en la marina de mi país. Luego le dije; que como tenía mis ropas mojadas, buscaba que se secasen al aire libre, razón por la que prefería permanecer sobre cubierta.

No tardé en obtener el resultado que buscaba; pues ese cumplido caballero dio orden a uno de los oficiales de mar, para que me llevase a su camarín y me hiciese acostar en su excelente cama, obsequio que acepté después de excusarme por fórmula.

Allí, cambiándome la ropa interior, me acosté y me dormí profundamente, porque la frecuencia de sondar durante el viaje me había dejado exhausto de fuerzas y con el cuerpo dolorido.

El toque de diana me despertó y cuando quise vestirme no encontré la ropa que había colgado en una silla.

Autor. Antonio Somellera

A los pocos minutos entraba un criado trayéndome una taza de café, y detrás de él un marinero trayendo mis vestidos perfectamente secos y mis botas lustradas que estaban también secas.

Galantería propiamente francesa.

Así que me vestí con frac color pasa, chaleco de seda y pantalón negro, tomé mi sombrero y mi bastón y fui en busca de mis compañeros que habían extrañado mi desaparición.

Todos tomaban café en los pequeños jarros del equipaje, menos Barros a quien vi sentado en la gualdera de un cañón, el que seducido por la prontitud con que el barbero afeitaba a los marineros, se le antojó hacerse afeitarse.

Fui objeto de admiración por lo petimetre que me encontraban a la luz del día, mientras ellos con sus ropas húmedas y arrugadas y mal dormidos, ofrecían un aspecto de gentes vulgares.

Un oficial de mar vino a buscarme y me condujo a la cámara del segundo Comandante; éste me invitó a tomar asiento cerca de su escritorio sobre el cual tenía abierto un libro de anotaciones: me pidió el nombre de todos nosotros que los iba sentando enseguida de otros nombres que había en ese libro especial, según me pareció.

Naturalmente, di principio por el de José María Paz y viendo que lo escribía mal, le pedí me permitiera hacer la lista en pliego separado para que él la trasladase al libro enseguida.

Aceptó y en pocos momentos le entregué la lista de nombres de los catorce que nos habíamos refugiado a bordo.

Tomola y se dirigió con la nota original a la cámara del jefe. No tardó en regresar, y me pidió que la completase agregando a cada individuo su oficio o profesión.

Satisface inmediatamente esta justa y natural exigencia, y principiando por Paz que era el primero en lista, le agregué su rango de General, al de Barros, doctor y al resto comerciantes a unos y hacendados a otros.

Hechas las agregaciones, el segundo volvió nuevamente con la lista al departamento del jefe.

El General Paz en sus Memorias se queja de Barros por haber este amigo, según él, divulgado su presencia entre los compañeros, lo que es injusto e inexplicable, como se ve por esta circunstancia que acabo de narrar, y porque según queda dicho en otro lugar, cuando traté de poner orden en la ballenera, declaré como medio de conseguirlo que él estaba allí.

El segundo jefe del buque, con ocasión de haberme pedido la lista referida y tal vez en razón de que los hombres de una misma profesión, sobretodo siendo marinos, confraternizan fácilmente, me dispensó un rato de sociedad haciéndome saber en el curso de la conversación que tenía parientes en Buenos Aires, pues que por parte de madre descendía de la familia del general

Autor. Antonio Somellera

Liniers. Mucho se complació cuando le dije que conocía a su tía la Señora Doña Carmen Liniers de Perichou.

Después de tomar una copa de buen coñac me retiré por no serle inoportuno.

Al dirigirme hacia donde mis compañeros andaban visitando el hermoso buque, me encontré con el General que acompañado de un oficial iba al llamado del jefe y deteniéndome me increpó por haber dado la lista sin antes consultárselo, porque él había resuelto ocultar su clase militar.

— Señor, lo he hecho, le contesté, porque la incógnita de su grado ya no existía entre nosotros, y también porque se lo tratase en este buque de guerra con las consideraciones debidas a su clase militar.

De mala gana siguió adonde el jefe se encontraba, el cual lo recibió con exquisita urbanidad, como él lo dice en sus Memorias.

XXXIX

A las diez de la mañana fui llamado a almorzar: unos a la cámara de los oficiales y otros a la de los guardiamarinas. Aprovechando esa coyuntura me informé cuál era el oficial que en la cubierta había hecho el cuarto de 12 a 4 de la noche, y le di las más expresivas gracias por el hospedaje que me había dado privándose de sus comodidades en obsequio mío.

Le pedí que aceptase mi bastón de jacarandá como un recuerdo de nuestra relación.

No habíamos concluido el almuerzo, cuando fui llamado de parte del General Paz, a quien encontré sobre el alcázar de popa con el jefe del bloqueo.

Después de presentarme a ese señor, me manifestó que el jefe decía que nos consideraba como a personas de su familia y que debíamos por consecuencia estar a su bordo como en nuestra propia casa: que si queríamos ser conducidos directamente a Montevideo, esperaba dentro de cuatro o cinco días la vuelta de la goleta "L. Ecler" y que si preferíamos ir a la Colonia o a otro punto de la costa oriental, pondría a nuestra disposición lanchas cómodas y seguras para hacer esa pequeña travesía.

— Ahora deseo para resolver el partido que debemos tomar, que me diga Ud.: cuál es la opinión de la mayoría, me dijo el General.

— Creo, le contesté, que no es necesario consultar a los compañeros, pues aceptarán gustosos lo que Ud. resuelva.

— ¿Cree Ud. que las lanchas que ve aquí cerca ofrezcan seguridad bastante para ir a la Colonia?

— Cómo no, General; en ellas se puede ir a cualquier parte y con todo tiempo.

Autor. Antonio Somellera

— Las embarcaciones son aquellas, me dijo el jefe, señalándome las que sujetas por la vora estaban en el tangon de estribor.

— Son excelentes, y la menor de ellas debe ser la de mayor marcha, dije dirigiéndome a ambos jefes.

Acto continuo fue llamado el Segundo para que impartiese las órdenes necesarias, y antes de una hora se encontraban las lanchas prontas para emprender la marcha, dotadas de una pequeña pieza giratoria a proa, de brillante tripulación con armas y víveres y al mando cada una de ellas de un guardia marina: todas aparejadas de lugre con velas cuadradas.

La noticia de la próxima partida fue recibida por todos los compañeros con grandes demostraciones de alegría.

No era mediodía aún, cuando previa despedida del jefe y oficiales, nos embarcábamos en las lanchas chicas por estribor el General Paz, el Dr. Barros Pazos, los dos hermanos Romero y yo; en la grande José Sebastiani, Pascual Pirán, Tomás Banillo, José María Bustillo, hoy General, Feliciano Malmierca y su hijo, y Gabino Alcallaga. Favorecidos por el buen tiempo y un viento galeno de sur, nos desprendimos del costado de la "Almeun" haciendo rumbo al este.

Navegamos a vela y remos manejados por diestros y vigorosos marineros, lo que hacía esperar que antes de la noche estaríamos en nuestro destino.

El General que era sumamente curioso y de consiguiente preguntón, a los pocos minutos de encontramos en viaje me dijo:

— Tengo una curiosidad de la que sólo usted puede sacarme.

— ¿Cuál es, señor?

— ¿De qué medios se ha valido usted para con una noche tan oscura como la de ayer, dirigir con tanto acierto nuestra embarcación hasta dar con toda felicidad con el hermoso buque que acabamos de dejar?

— Es lo más sencillo. ¿No veían que a cada momento echaba el palo bichero al agua?

— Si, me contestaron él y Barros.

— Pues bien, de ese modo así como los ciegos se valen de su tacto para conducirse, yo me servía de él para reconocer la profundidad del agua, calidad del fondo y dirección a que nos llevaban las corrientes.

— Pero para eso será necesario conocer bien el río, agregó el General.

— Ciertamente que lo conozco, de lo contrario no habría podido aceptar tan serio cargo como el que ustedes me confiaron.

Autor. Antonio Somellera

El General Paz dio a aquel hecho tanta importancia, que tres años más tarde, siendo General en jefe del ejército de la defensa de Montevideo, y yo Capitán de compañía, me remitió un cajón de rico vino Burdeos.

Dudando y picada en extremo mi curiosidad con ese motivo, pregunté a su secretario si no era una broma lo del cajón de vino, máxime sabiendo, como sabía, lo pobre que se encontraba el General.

El doctor Derqui no sólo me dijo que no se trataba de broma alguna, sino que agregó: "¿No se acuerda, Capitán, que hoy es 3 de abril?"

— Lo había olvidado, doctor, porque el servicio militar no me deja pensar en otras cosas: luego daré las gracias al general por su regalo.

XL

El viento empezó a escasear rondando cada vez más hasta que: se fijó el este para arreciar. El cielo se cargó de nubes que amenazaban abundante lluvia, obligando estas circunstancias al oficial, a dar órdenes de que se amainasen y aferrasen las velas, siguiendo el camino a remo, mientras se aprestaba a fondear y extender los toldos de lluvia, porque no tardaría en caer, según todas las probabilidades, un fuerte chubasco, que efectivamente descargó a poco rato. Ambas lanchas fondearon y se abarrancaron los toldos de fuerte lona.

Extraño habría sido el que hallándome yo a bordo, se hubiese hecho el viaje sin tropiezo alguno.

¡De tal manera me perseguía la fatalidad!

Queriendo distraer el aburrimiento que nos producía el ruido de las olas y la copiosa lluvia que caía, promoví la conversación sobre los sucesos que a la sazón se desarrollaban en el país con el objeto de derrocar la tiranía, estableciéndose así un diálogo entre Barros y yo sin que el General dijese una palabra. Estaba taciturno, e interrumpió su silencio para decir:

— Ahora me preocupa la familia. ¿Qué le sucederá a Margarita de resultas de mi fuga a la que ella tanto se ha opuesto?

No crea, señor, le contesté, que sean molestadas las familias de los que nos expatriamos; pues que a Rosas le hace cuenta el que salgan de Buenos Aires todos sus enemigos, especialmente los que, como usted, allí son una verdadera amenaza para su poder.

Creyendo haberle halagado el amor propio le dije a Barros:

— ¿No te parece que en el General llevamos una fuerte columna para el ejército libertador?

No bien lo dije, cuando me contestó el General con tono de perfecta persuasión:

— ¡Ya voy tarde!

— Me atreví a decirle: ¿volverá usted a ser gobernador de Córdoba?

— ¡Eso jamás! —contestó con manifiesto desagrado, como afectado por desagradables recuerdos, que sin querer yo había despertado en su espíritu.

Después de un corto silencio me dijo:

— ¿Conoce usted un folleto escrito por el joven Alberdi con el singular título de "Profecías"?

— Sí, señor.

— ¿Y creen ustedes que con eso se derrocan las tiranías?... ¡Cuántos disparates se están cometiendo!

Cruzamos una mirada con Barros al oír el juicio de tan respetable persona y guardamos silencio no atreviéndonos contradecirlo.

Por mi parte debo decir, que tal juicio, aunque me parecía demasiado severo, lo encontré justo.

La noche llegó sin que calmase el viento y la lluvia y nos acomodamos para dormirnos sentados, sufriendo el agua que por los lados del toldo nos azotaba.

Después de medianoche cesó la lluvia y el viento rondo al SE.

XLI

Despertamos con el día y encontrando que ceñida de volina nuestra lancha hacía proa al NE sin tener a la vista la otra, comprendí que haciendo derroteros distintos, había una falta notable.

El general estaba de mejor humor y entablando conversación me contó, que siguiendo el consejo de varias personas de mostrarse en público, había estado de visita en casa del Dr. Mariano Lozano el mismo día de nuestra fuga encontrándose allí con varios caballeros. Que habiendo entrado don Juan Bautista Peña había dicho que por la calle un sujeto le había asegurado que en esa noche iban a fugar como veinte unitarios juntos. Que al oírle aquello varios de los presentes habían exclamado: ¡Qué imprudencia!, a lo cual don J. J. Anchorena replicó: más imprudente es que se ande diciendo, pues así no será extraño que llegue a conocimiento de la policía.

— El señor General me dispensará que le diga que cometió una verdadera cadetada al asistir a la cita, teniendo ese antecedente.

— Y qué quería Ud. que hiciese, cuando no podía soportar la ignominia: de vivir en Buenos Aires.

Estas pocas palabras expresadas con alguna vehemencia, aumentaron el respeto que profesaba al benemérito militar. Pero después, como queriendo inspirarme confianza me preguntó si yo recordaba dónde y cuándo nos habíamos encontrado.

— Primero, contesté, a fines de diciembre de 1828, cuando embarqué al General en la falda del cerro de Montevideo desembarcándolo en Buenos Aires a los tres o cuatro días después. Al año siguiente en San Nicolás de los Arroyos, cuando el coronel Rosales me puso a sus órdenes y recibí sus instrucciones para en un bote llevar un pliego al hoy general Pedernera que en transportes conducía las fuerzas con que pocos días después Ud. se ponía en marcha para Córdoba, encontrándonos últimamente de visita en casa de la señora de Andrade.

— Veo que tiene Ud. buena memoria, me contestó con semblante placentero.

Las preguntas habían continuado seguramente, porque era una habitud en el General, a no ser el anuncio de verse costa oriental, circunstancia que vino a interrumpirlo momentáneamente.

El oficial de la lancha sacando del bolsillo un pedazo de papel en el que había dibujado la parte de la costa de la Colonia e islas adyacentes, se puso a consultarlo. Habíamos caído bastante al norte según las anotaciones del oficial.

Como el viento calmase, se mandó recoger las velas y armar los remos, consiguiendo el rumbo convenientemente.

— Usted debe conocer qué tierra es esa, me dijo el General.

— Sí señor, son los cerros de San Juan y con la maniobra que ha hecho el oficial, en pocas horas estaremos en nuestro destino.

El mareo de Barros y los Romero había desaparecido, permitiéndoseles asistir al almuerzo y relevarme en hacerle la sociedad al General.

Sería la una de la tarde cuando desembarcamos, encontrando que la otra lancha había llegado más de una hora antes y que al secar las carabinas sus marineros, se había muerto uno de ellos, con un tiro que se le escapó, suceso desgraciado que todos lamentamos.

Con nuestros compañeros de emigración encontramos allí a D. José Lavalle, Dr. Alvaro Barros, D. José Castro, D. Alejandro Maderna y tres hermanos Darragaira, que habían fugado antes que nosotros y estaban allí esperando proporción para seguir a Montevideo hacía días ya.

Poco después llegaban de las Bacas mis compañeros de penurias el Dr. Fernández, el Coronel Pico y Benito Carrasco, con los que formábamos un total de veinticuatro emigrados.

Autor. Antonio Somellera

Hallándose ausente el jefe militar de la Colonia, Coronel Estiveo, su sustituto puso a nuestra disposición la casa de la comandancia, en la que se alojaron algunos convenientemente con el auxilio de ciertos vecinos del lugar que con toda generosidad les proporcionaron camas y algunos muebles.

En la noche de ese día la entusiasta señora Da. Erasma Torres de Castro, invitó a los recién llegados a tomar una taza de té, y como hubiese algunas señoritas algo se bailó. Tocaba el piano un anciano maestro de música, D. Cayetano Laforte, a quien en un intermedio se le ocurrió tocar el Himno Nacional Argentino, despertando sus notas majestuosas tal entusiasmo en la concurrencia que algunos no pudieron menos que cantar algunas estrofas.

Esto dio margen a que algunos vecinos argentinos y orientales, queriendo festejar nuestro arribo, improvisasen una modesta música, que saliendo de la casa de la fiesta fue a pasar por las casas de algunos sujetos muy respetables como el General Álvarez y Thomas, Coronel Blayer, D. Julián Paz, hermano del General adonde éste había ido a parar y por la del Dr. Treve, portugués que se había singularizado por sus grandes simpatías por nuestra causa.

Poco después de medianoche había terminado esa serenata compuesta toda ella de personas educadas, reinando por consiguiente el mayor orden y moderación, dándose uno que otro viva a la libertad y muera al tirano, que nos obligaba a expatriarnos para salvar el honor y la vida.

XLII

A la mañana siguiente llegaba al puerto un bergantín lleno de gente, del que se desprendió un bote que se dirigió al desembarcadero que estaba inmediato a la comandancia.

Allí no había muelle donde desembarcar, así que el desembarco se hacía sobre unas grandes piedras de la costa, según fuese la altura de las aguas.

En ese paraje esperé la llegada del bote, del que descendió el Dr. D. Valentía Alsina, el coronel Allende, Antonio Rodríguez hijo del general D. Martín Rodríguez y Ascasubi. Estos señores supieron por mí la evasión del general Paz y su arribo a la Colonia en el día anterior.

Con marcadas muestras de júbilo el anciano coronel Allende que vestía uniforme extraño para mí, me dijo si podía enseñarle donde paraba su paisano, a lo que me presté gustoso. Nos echamos a andar y a poco encontramos al general que venía hacia nosotros.

Se lo avisé a mi compañero coronel Allende.

Este señor ya anciano, de pequeña estatura y que parecía débil, a pesar del terreno pedregoso y de lo embarazado que le tenía su gran espada ceñida sobre su blusa con vivos de azul celeste, corrió como un muchacho y antes de llegar hasta el general le gritó:

— Mi general, ¿cómo diablos fue aquella boleada?

Autor. Antonio Somellera

— ¡Como había de ser! Se explica porque yo no era gaucho como usted, le contestó, sin demostrar el desagrado que yo esperaba, mucho más después de lo que había pasado en la noche de la fuga con los compañeros gritones cuando les pedí moderación y silencio en obsequio a que el General estaba presente entre nosotros.

El abrazo de esos antiguos amigos fue más que cordial, fue tiernísimo, teniendo el Coronel que enjugar las lágrimas que le corrían.

Me separé de ellos para ir a tomar noticias de los amigos expedicionarios que iban a incorporarse al Ejército Libertador y que iban a desembarcar en Punta Gorda, punto que hoy es conocido por Diamante en el Río Paraná.

Algunos otros que los que antes he nombrado habían bajado a tierra con licencia y se entretenían como muchos de mis compañeros, en visitar las antiguas fortificaciones de ese reducido pueblo tan disputado en otro tiempo por españoles y portugueses.

En todo ese día había reinado viento del norte. Sabiendo que algunas embarcaciones de cabotaje se disponían para hacerse a la vela para Montevideo, los que íbamos de Buenos Aires resolvimos seguir esa tarde para aquel punto tomando pasaje en una pequeña balandra siete, entre los cuales iba yo: en un queche el señor don José Lavalle y sus seis compañeros, y el resto en la goleta en que mis antiguos camaradas habían salido de las Bacas para aquel destino.

Con la salida de los veintitrés emigrados y el embarque de los expedicionarios que también siguieron viaje, las calles de la Colonia debieron quedar solitarias.

El General Paz me dijo, cuando fui a despedirme de él, que no pensaba moverse de ese silencioso pueblo, que por su situación y tranquilidad era adecuado a su presente situación: que esperaba conseguir sacar de Buenos Aires a su familia a la que había dejado en serio compromiso. Dirigiéndose a Barros Pazos que había ido conmigo le dijo:

— Doctor, no vaya usted a entusiasmarse tanto que también quiera ir al ejército, pues esas no son cosas para hombres de sus hábitos.

¡Cómo no entusiasmarnos lo que volvíamos a ver los queridos colores de la bandera gloriosa, proscrita por el tirano y oíamos cantar esta primera estrofa de la canción de Miguel Irigoyen:

Bravos hijos de Mayo glorioso
Levantad a los ojos del mundo
Destrozad a ese déspota inmundado
Que las glorias del Plata manchó.
Desplegar la bandera que un día
El guerrero argentino llevaba
Cuando el Andes gigante pisaba
Y en Junín y Pichincha triunfó.

Autor. Antonio Somellera

El viaje que al oscurecer emprendimos, tuvo sus contratiempos y penalidades, pues al segundo día de navegación cayó un recio sudeste acompañado de lluvia.

Nuestra pequeña balandra, despojada por el fuerte viento de su viejo velamen, quedó a merced de las olas e impelida por las corrientes que nos arrastraban hacia el este.

Cuando amainó el tiempo, y era el quinto día de nuestra salida de la Colonia, nos encontramos entre una gran cantidad de lobos marinos.

Reparadas las velas y maniobra y con el auxilio de un viento favorable, entrábamos al puerto de Montevideo al ponerse el sol de aquel día.

Creyéndonos allí, náufragos de algún buque perdido en la costa de Maldonado, salió a recibimos la fallía de la Capitanía.

Dio margen a esa suposición el que nos avistaran viniendo como de mar afuera, en esa pequeña embarcación a nueve personas.

Mucho nos sorprendió el saber por el empleado que mandaba esa falúa, que ninguno de los buques compañeros de viaje había llegado a aquel puerto, y temimos que hubiesen sido víctimas de fatal siniestro.

Admirábamos al propio tiempo que nuestra balandrita hubiese resistido el recio temporal que había pasado.

Al siguiente día, noticias llegadas por tierra nos hicieron saber que la goleta, tratando de refugiarse en el río Santa Lucía, había encallado y naufragado en su embocadura, salvando los emigrados y tripulantes. Supimos más tarde que el queche había entrado de arribada al arroyo del Sauce en la misma costa oriental del plata, sin otra pérdida que la carga de chiguas de lana que llevaba sobre cubierta, las que fueron arrojadas a la costa inmediata a la Colonia. Esto dio origen para que en ese pueblo supusieran que los buques que conducían más de treinta emigrados habían naufragado, pereciendo todos.

Esa suposición tuvo tal repercusión, que circuló en Buenos Aires, llegando a oídos de varias familias de los prófugos.

Pero felizmente, al siguiente día la llegada del paquete inglés con procedencia de Montevideo la desmintió y desvaneció completamente la consternación que produjo.

Notas

2 Error; fue en la batalla del Sauce.

3 Véase Memorias Póstumas del General Paz, Pág. 123, tomo 2°.